

COLECCION  
OCTAEDRO  
CUENTO



# DESDE UN CIELO GRIS



Zelmar Acevedo Díaz



Acevedo Diaz, Zelmar

Desde un cielo gris / Zelmar Acevedo Diaz. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ruinas Circulares, 2016.

180 p. ; 20 x 14 cm. - (Octaedro / Díaz Mindurry, Liliana)

ISBN 978-987-3613-64-7

1. Cuentos. I. Título.

CDD A863

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

MAYO 2016

Diseño de tapa: Florencia Biondo

Cuadro de tapa: Joan Miró

Foto de solapa: Federico Cuevas

Contacto con el autor: [zelmaracevedo@yahoo.com.ar](mailto:zelmaracevedo@yahoo.com.ar)

Ediciones Ruinas Circulares  
Directora: Patricia Bence Castilla  
Aguirre 741 - 7º B  
(1414) Buenos Aires  
E-mail: [info@ruinascirculares.com](mailto:info@ruinascirculares.com)  
[www.ruinascirculares.com](http://www.ruinascirculares.com)

ZELMAR ACEVEDO DÍAZ

DESDE UN CIELO GRIS

-CUENTOS-

COLECCIÓN OCTAEDRO

ediciones ruinas circulares



**DESDE UN CIELO GRIS**



## EL CANTO DE LOS ALCARAVANES

*Pero Ada me ha dicho que los alcaravanes  
cantan cuando sienten el olor a muerto.*

**Gabriel García Márquez**

Al escucharlos alza la mirada, preocupado, y permanece un rato observando el cielo, o tal vez el paso de las aves, o los nubarrones cargados de gris oscuro y que ya han ocultado el sol, encapotándolo todo con una lámina de plomo, y Roque no sabe si la mirada de Montero está así por los nubarrones que amenazan descargar una noche entera de lluvia o por aquel griterío también amenazante, y por un momento siente que se le agita el corazón pero tampoco reconoce si es por esa mirada clavada en el cielo, la proximidad de la tormenta o el canto de los alcaravanes que Roque sabe anuncia la muerte. Que pasen, que pasen de una vez -se repite, y recién cuando se transforman en puntitos negros ve que los ojos de Montero y la cara plagada de surcos como la tierra arada, vuelven al tractor. Cierra el capó con violencia. ¿Qué pasa, pa? -pregunta Roque con timidez. No estoy seguro, ha de ser alguna válvula.

No obstante el tractor, lleno de remaches, alambrines, remiendos y toda clase de arreglos improvisados, todavía da para un par de vueltas, logra ponerlo en marcha y siguen trabajando hasta el atardecer, cuando ya las primeras gotas, gruesas, pesadas, estallan en el parabrisas.

Cuando llegan a la casa la lluvia es torrencial y hay amargura en los ojos de Montero porque reconoce que ni al día siguiente, ni al otro, podrá trabajar el campo, esa tierra que se hace lodazal, masa resbaladiza, y algo huele mal en su viejo olfato, todavía andan frescas en su memoria las inundaciones del 79 y del 83, cuando todo se perdió, la cosecha, la ganancia, el esfuerzo, y hubo que hacer malabarismos para pagar los híbridos, parte del abono y la reparación del molino que el pobre ya no daba para más, funcionando a duras penas entre rumores metálicos y quejidos de anciano.

Pero a Teo nada de aquello parece importarle y la lluvia es como una fiesta para él, correteando de aquí para allá, de un charco a otro, y el cuerpo mojado lo hace más flaco todavía, el pelaje y la piel pegados al esqueleto, mierda que saliste huesudo -le decía a veces Montero, y entonces Teo lo miraba con ternura y aceleraba el vaivén de la cola en espiral. Después de todo era el más baqueano de los dos, el que iba a campo abierto y acompañaba religiosamente a Montero y a Roque desde la salida hasta el regreso, desde que amanecía hasta el anochecer, trotando al lado del tractor o corriendo a cuanto pájaro se acercase, de dónde sacará tantas energías este perro guacho, y bien que se tenía ganado el puesto desde que apareció aquella noche, raquítrico que parecía tuberculoso, como golpeado y días sin probar bocado, al principio le tiré un par de cascotes porque me agarró mal parado pero así y todo volvió y al final creo que me ganó por aburrimiento, se fue quedando quedando y cuando vi que Ceferino le iba tomando cariño ya no hubo forma de sacarlo. En cambio Catriel vino de regalo, chiquito que parecía una bolita peluda, mimado hasta decir basta, y así fue como salió pegado a la Filomena y a la casa, que por eso yo siempre digo los perros son como los hijos, un par de rebencazos de tanto en tanto pa que te salgan buenos.

A los chicos también parece entretenerles la lluvia y pueden pasarse horas con la nariz pegada a la ventana, viendo vaya a saber qué entre aquellas sombras, a veces acompañan con el dedo el deslizamiento de una gota, y mejor así, que se queden ahí cuchicheando cosas entre ellos, con risitas a las escondidas, en vez de andar jodiendo el ánimo como cuando no encuentran cosa que hacer.

El olor del guiso ha invadido hasta el último rincón de la casa y justo en el momento que Filomena está por servirlo, espeso y burbujeante, Teo empieza con esos ladridos que rebotan en las paredes, enseguida Catriel lo mira y lo imita y ladra y ladra sin saber por qué, de pronto los chicos se desprenden de la ventana y de un salto ¡papá! ¡papá! ¡mamá! ¡se viene un

señor!, entonces Montero se pone de pie y con sus dedos de uñas ennegrecidas revuelve el pelo de Verónica y de Ceferino que están verdaderamente asustados al ver al hombre surgido entre la noche y en medio de una tormenta como ésa, si hasta los animales tratan de guarecerse, golpean la puerta antes de que Montero llegue, y ya la está abriendo cuando el hombre da un par de pasos sin más ni más y enseguida se pone bajo techo disculpe, disculpe que lo moleste, es ahí cuando Montero puede observar de pe a pa al hombre calado hasta los huesos, mi nombre es Esteban Peralta, empapado se nota en buena caminata, Montero para servirle, tal vez media hora o más bajo la lluvia, vestido de saco con botones de cuero grandotes y convexos como pelotitas partidas por la mitad, el pantalón del mismo gris que el saco, el sombrero inglés cubriéndole una cabeza posiblemente calva, y zapatos irreconocibles por el barro. Uno de la ciudad -piensa al instante Montero, y antes de que el hombre lo pidiese ya lo había disculpado, verlo así, apabullado, indefenso, pequeño como si el agua lo hubiese encogido. Enseguida lo imaginó todo, para qué otra cosa podía allegarse un hombre de ciudad hasta su chacra, y escuchó la historia de que venía lo más bien pero el camino se empezó a poner difícil hasta que el auto se encajó la familia mi mujer y los chicos adentro no hubo forma de sacarlo de ahí a buscar auxilio imagínese, como si fuese historia vieja.

La mirada de Filomena va del visitante a Montero, de Montero al visitante y mujer que conoce a su hombre suspende el guiso, un trago de caña no le va a venir mal mientras Montero sirve y le ofrece al señor de sombrero inglés, muchas gracias y el vaso que le tiembla en la mano, Filomena lo mira con desconfianza mientras levanta un plato y una cuchara de la mesa, observa que el hombre observa por todos lados, no se le escapa un solo rincón del cuarto, los ladrillos desnudos, el piso de baldosas, el moblaje como se pudo, el sol de noche que pende de un gancho por encima de la mesa, los retratos ovalados en blanco y negro, alguno coloreado artificialmente y que sonroja

las mejillas de una dama de principios de siglo, retratos que el hombre de sombrero inglés asocia a las bóvedas y a los nichos en los cementerios, un cuadro en la pared principal con un tigre fosforescente y picos nevados y árboles floridos como jardín japonés, y el hombre que se siente cada vez más incómodo, cada vez más extranjero, aferrado al vaso de caña, Filomena no sabe si es por el calor repentino que ha sentido al entrar, por el olor intenso del guiso o por el barullo y el movimiento que ha causado su presencia, como la de un intruso, un invasor, un zorro en el gallinero, porque Teo sigue chumbando, Catriel lo husmea de arriba abajo, Verónica que quiere esbozar una sonrisa pero no se anima, la beba que llora a gritos desde su cuna, Filomena que se lleva el plato a la cocina, Roque que permanece sentado en su lugar sin saber qué hacer, estático igual al busto de San Martín en la plaza del pueblo, Montero que toma la pesada y antiquísima capa negra del abuelo que hasta conserva la capucha y Ceferino que no puede despegar sus ojos de los botones como pelotitas.

En un rato vuelvo -aclara Montero, y el hombre de sombrero inglés apura la caña ha sido un gusto señora, entonces Filomena se acerca mientras va secándose las manos en el delantal, la mano húmeda de ajo y cebolla, se la ofrece con timidez y el hombre la toma con firmeza ¿te ayudo, pa? -en el momento que Roque se pone bruscamente de pie como pinchado en las asentaderas, pero Montero, que ya tiene la capa puesta, no le dice ni que sí ni que no y ese silencio es más fuerte que una orden porque Roque de un salto va y se cubre con su piloto amarillo. Hay cierto orgullo en el gesto duro de Montero, aunque más que aquel borreguerío le hubiese gustado exhibir al hijo mayor, desde hace un año o más conchabado en La Agrícola.

La linterna intenta sin mucha suerte denunciar los charcos más profundos y antes de llegar al tractor hubo que detenerse porque el hombre de sombrero inglés perdió un zapato en el lodazal, si hasta costó encontrarlo de tan metido que estaba. La cabina del tractor se transforma en un refugio invalorable

porque la lluvia y el viento pegan con tal fuerza que cuesta mantener los ojos abiertos, para colmo viene de frente -piensa Roque, que forma visera con la mano. Montero gira la llave de arranque y el tractor gruñe como si lo hubiesen despertado de un sueño profundo, se sacude, se resiste, toma su tiempo para desperezarse, ojalá que estas válvulas no me sigan dando problemas, bosteza una y otra vez cuando el rugido parece desinflarse, otro intento, y otro, hasta que por fin los cristales vibran y toda la cabina se convulsiona, ahora el hombre de sombrero inglés no sabe si tiembla por el motor o porque el frío le ha entumecido los huesos.

Hay baja tensión en las luces frontales y de lejos parecen estrellas que titilan, puntos solitarios en ese universo desolado y que pretenden abrir una brecha en la espesura de la noche, en una de éstas es cuestión de batería -recapacita Montero mientras el tractor avanza no sin esfuerzo, lento, precavido, pidiendo permiso a cada paso, en cada tramo del lodazal, tambaleándose de un lado a otro, y los tres pasajeros que participan del vaivén como invitados al baile, obligados a ese juego monótono y caprichoso, aunque Montero no tiene problemas porque va aferrado al volante, Roque va sentado a un costado con las manos sobre los muslos y su cuerpo elástico acompaña el ritmo del tractor como si formase parte de él, el único injerto que no ha prendido es el hombre de sombrero inglés que ha estado a punto de caerse un par de veces y que ya no sabe bien de dónde asirse, al principio del marco de la ventanilla lateral apenas entreabierta, pero la lluvia se empecinó con los dedos y un hilo de agua recorrió el antebrazo hasta terminar en un goteo persistente a la altura del codo.

No se preocupe por el camino, es mejorado -le dice Montero, y sus palabras se mezclan, se confunden con el rugido del tractor, ¿cómo dice?, ¡que la huella está mala pero el camino es de tosca! -grita entonces Montero- ¡ah, sí!, la verdad que no se nota, y por primera vez desde la aparición de aquel extraño una sonrisa ilumina el rostro de Montero.

Y, efectivamente, cuando toman el camino la cabina se estabiliza, o por lo menos ésa es la sensación en contraste con la huella, pero más que nunca aquella cabina y sus ocupantes parecen bocado tierno en boca de lobo, una sola luzcita ni por aquí ni por allá, a quién se le ocurre andar con este tiempo, entonces Montero observa con el rabillo, aunque el disimulo no hace falta porque el hombre de sombrerito inglés tiene la mirada clavada en la nada, hurgando en la oscuridad con ojos de angustia, tratando de hallar alguna referencia, un dato que lo ubique, no ha de faltar mucho -le dice Montero, y el hombre apenas asiente porque apenas lo escucha, también Roque hunde los ojos en la negrura pero su mirada es menos apasionada, trata de mostrar urgencia, preocupación, frunce el entrecejo, busca penetrar en la noche como un taladro, aunque a veces se va del camino, merodea por el contorno, se pierde, vaguea por la impenetrabilidad del horizonte.

¡Allá están! -grita de pronto el hombre de sombrerito inglés cuando el tractor llega a la parte alta de la loma. Las dos luces rojas, pequeñas, casi unidas en la distancia, difusas tras el agua que se desliza por el parabrisas como un torrente, parpadean intermitentes, a un costado del camino, sobre la banquina desdibujada. Una huella profunda recorre los últimos metros hacia el automóvil y Montero advierte que hubo una buena derrapada, incluso pudo precipitarse contra el alambrado, pero eso era todo, nada más que un susto y una rueda trasera metida en el barro y el chasis casi tocando tierra. Quería llegar a Mburucuyá lo antes posible -se justifica el hombre de sombrerito inglés al intuir lo que Montero piensa y Montero que agrega a esa velocidad pudo no llegar nunca, mientras orienta las luces del tractor de lleno en el automóvil y entonces ve una mujer con el rostro desencajado que trata de mirar por entre los faros que la encandilan y a tres o cuatro criaturas que lloran de común acuerdo.

No es cosa fácil salir de la cabina y enfrentarse nuevamente a la lluvia helada. El primero que lo hace es el hombre de

sombrerito inglés que se mete con rapidez en el automóvil por el lado del volante y Roque y Montero permanecen un rato acurrucados en la cabina, mientras observan la escena muda a sus oídos, como una discusión, ella le está recriminando vaya a saber qué, pobre hombre, de vez en cuando le grita a los chicos y de nuevo con la discusión, sigue que sigue, el hombre trata de justificar algo acompañándose de movimientos bruscos de los brazos y en uno aprovecha y le da un empujón al niño que pretendía colgarse del cuello, Montero escucha la sonrisa de Roque y piensa en lo rápido que solucionaría él una situación como ésta, tas tas y se acabó, ni una palabra más, y cuando Roque lo mira como preguntándole si el asunto va para largo, hay un guiso espeso y caliente que espera, Montero toma la decisión y coloca el tractor delante del automóvil. El hombre de sombrerito inglés recibe el mensaje y sale con un portazo. ¿Problemas? -iba a preguntarle Montero, pero percibe que puede humillarlo y se limita a constatar si el extremo de la cadena fijo al tractor está asegurado, mientras Roque se ocupa del otro enganchándolo en alguna parte por debajo del paragolpes, y las balizas frontales del automóvil, que titilan con tal rapidez que no alcanzan a apagarse, tiñen la cara de Roque, tornándola extraña y amarilla como las luces, entonces Montero detiene su mirada y advierte un rostro que nunca antes le había visto, un gesto duro y desconocido, el movimiento firme, seguro de sus brazos, el brillo relampagueante y seco que las balizas revelan en sus ojos, y se sorprende que así como así, de pura casualidad, descubra a un Roque que ha pasado ya por cuántas tormentas a la intemperie, cuántas tardes bajo el sol abrasador y cuántas noches de vigilia, ya está pa, no se va a soltar así nomás, y luego de un breve silencio está bien, hijo, vamos a sacarlo, entonces es Roque el sorprendido y sube a la cabina tomándose del brazo que le alcanza Montero; algo ha sonado raro en sus oídos, sin saber por qué.

El automóvil parece convulsionarse con el primer sacudón igual a un insecto, una criatura extraña que durante siglos ha

permanecido en letargo y que de pronto vuelve a la vida, de nuevo en el mundo, pucha que está metido -piensa Montero, agitándolo una y otra vez hasta que por fin comienza a moverse, y sus ruedas soñolientas arrastran mazacotes de barro que se desprenden por los costados, más despacio pa -advierde Roque cuando nota que la cadena puede zafarse y los eslabones se tensan hasta el límite, uno solo que se suelte y el desastre, sin embargo la cadena aguanta y el motor del automóvil ya rumorea, al principio con precaución, y como animal que repentinamente recobra la libertad, arremete con violencia y pasa por el costado del tractor en el preciso instante que el gancho sujeto a alguna parte del chasis se desprende y Roque y Montero lo ven alejarse como una bestia herida, aprovechando el impulso, sin que se atreva a detenerse, zigzagueando el camino a los tumbos, y después de cierto estupor se miran el uno al otro si para capaz que se queda de nuevo -dice Montero a modo de justificación, en una de éstas pararon más adelante, sobre terreno seguro -replica Roque que casi no puede creerlo, ¿para qué?, Roque piensa es cierto, para qué, para las gracias -dice, pero Montero conserva la vista en el lugar por donde el hombre de sombrero inglés y su automóvil han desaparecido y acude a una sonrisa por todo comentario.

Vuelve a poner la primera y el tractor ruge, empacado, sacudiéndose sin moverse del lugar. Lo único que faltaba -dice Roque, mientras piensa en el guiso recalentado, en el olor tibio de la casa, en el sol de noche quebrando la oscuridad como islote en aguas turbulentas, en el recibimiento de Teo y de Catriel, en la mano húmeda de la Filomena haciéndole alguna caricia fugaz y él simulando la indiferencia hosca de los hombres, qué lo parió -le escucha a Montero al tiempo que trata de aprovechar el vaivén del tractor acelerando el impulso hacia adelante, pero nada, clavado en el sitio, y en un momento puede observar las dos grandes ruedas girando y girando, le extraña la actitud de Montero y está a punto de advertirle que de esa manera va a terminar por enterrarlas hasta el eje, pero mejor me callo, no debe andar para consejos.

Roque tiene razón, hay bronca en los movimientos bruscos de Montero cuando toma la palanca de cambios, aferrado al volante, marcha atrás y la primera, marcha atrás y la primera, una dos quince veces hasta que desiste y el motor concluye murmurando una voz quebrada, agotado, hablándole a su esfuerzo casi a las escondidas, rugiendo para adentro, entonces Montero desciende de la cabina y con la linterna analiza el panorama mientras Roque se ocupa en recoger y guardar la cadena. Una de las ruedas está sepultada hasta un tercio del diámetro, la otra algo menos, y un gran charco ocupa la zanja que el tractor hizo con el movimiento, aunque es difícil discernir qué es charco y qué es barro, una masa espesa ha coloreado las cubiertas de marrón terroso, mezquino, abrillantado por la luz de la linterna.

Antes de que Montero vaya en busca de algo a la cabina, Roque le ha adivinado la intención, lo ayuda con las tablas que siempre lleva acostadas sobre el piso y hunden los extremos en el lodo, lo más posible bajo la rueda, entonces Montero toma unas matas de paja que se desprenden de la tierra como si apenas tuviesen raíces y las coloca, chorreantes, bajo las tablas, mientras Roque hace lo mismo en la otra rueda, y cuando las tablas están aseguradas, oblicuas sobre las matas, Montero regresa a la cabina, con la izquierda el volante, con la derecha la palanca de cambios, sabe que deberá hacerlo con energía, sacarlo de un tirón, Roque ha quedado abajo con la linterna, el tractor ruge enfurecido, se convulsiona, parece dilatarse, ensanchar los pulmones preparando el impulso, Montero pone directamente la segunda y presiona el acelerador pero una de las tablas pasa bajo la rueda con violencia y sale escupida a varios metros al mismo tiempo que la otra se hunde, resquebrajada, y Roque puede escuchar con claridad el ruido de la tabla al romperse, despedazarse en una sinfonía de astillas, matas y barro líquido, y a pesar de todo Montero se empecina, sigue y sigue con el acelerador mientras las ruedas giran en el sitio hundiéndose más a cada arremetida, ¡basta pa! -grita Roque, ¡se están enterrando!, es ahí cuando Montero suelta el pedal y vuelve el cuerpo para

observar la rueda que Roque le señala con la luz helada de la linterna. Ahora la rueda que despidió la tabla está sepultada casi hasta la mitad, con el eje a punto de tocar la superficie y el tractor peligrosamente inclinado hacia la banquina. Montero abandona la cabina en silencio y golpea la llanta con el puño. Los surcos en la cubierta son apenas un recuerdo y piensa que de haber podido cambiarlas ya estarían de regreso a casa, pero cómo iba a salir así, con las cubiertas en ese estado, lisas como cancha de bochas, y comprende que va a ser imposible sacar el tractor sin ayuda pero al mismo tiempo quiere agotar todas las posibilidades y murmura algo que Roque no logra escuchar y piensa que está mascullando ciertas palabras que le diría al hombre de sombrero inglés si lo tuviese delante, por dónde andará ahora, se habrá encajado de nuevo, o habrá llegado al pueblo, es posible que maneje con más precaución, con las luces bajas para controlar el camino, tratando de asegurarse sobre el ripio y esquivando las lagunitas que se forman con este tipo de lluvias, porque últimamente ha podido ver que hay cada bache que madre mía, con las lagunitas nunca se sabe dónde está el fondo, pero no, es otra cosa lo que murmura Montero, sólo piensa en cómo sacar el tractor, primero una idea, después otra, y cuando Roque está a punto de preguntarle qué piensa hacer Montero agarra la cadena y comienza a pasarla a través de la rueda más sepultada, envolviendo parte de la cubierta porque el largo de la cadena no da para más, esto es lo que tendríamos que haber hecho desde el principio, entonces Roque se pregunta cómo iban a imaginarse que el tractor quedaría metido si el auto salió como chicotazo y ellos ahí, varados en ese lodazal, maldita la suerte, que salga de una vez porque ya mi barriga es un concierto, aunque sabe que el tractor no va a salir porque se ha enterrado demasiado, no obstante hay que dejarlo hacer, que se dé cuenta solo.

Montero también lo sabe pero no va a aflojar así nomás y aprieta el acelerador con precaución. Basta una arremetida para que termine de aceptarlo porque las ruedas siguen girando en

el lugar con cadena y todo y el tractor permanece empacado, impávido, resistiendo cada intento, hasta que Montero, vencido, apaga el motor.

Qué vamos a hacer ahora -pregunta Roque sólo por cuestión de respeto porque sabe que lo único que queda es abandonar el tractor y emprender el regreso a casa, aguantarse la media hora de caminata bajo la lluvia que por suerte ha disminuido, con esa monotonía persistente de las tormentas que no se sabe cuándo terminan, no es un aguacero como los tiene acostumbrados esa época del año y Roque se frota las manos porque siente frío, un frío intenso, también sus pies están helados y las alpargatas deshilachadas se han vestido con mazacotes de barro, qué cosa tan indefensa y perdida es Roque varado en el lodazal igual a una estaca, esperando con toda la paciencia la decisión de Montero lo mejor va'cer que volvamos a casa -escucha por fin y de pronto el cuerpo le tiembla como si se hubiese aflojado, abandonado a la lluvia que parece entrarle a través de la piel, recorrerle las tripas, empapar los huesos, siguro que caigo enfermo.

Cuando llegan a la casa ven la silueta de Filomena enmarcada en la ventana, estática, con sus ojos invisibles hundidos en la oscuridad porque ella no puede verlos sino cuando están a pocos pasos y se apresura en abrir la puerta ¿qué pasó con el tractor? -sorprendida, más bien sorprendido el oído que no esperaba aquel silencio, entonces cada uno con su historia, que el auto salió como perseguido por una jauría que el tractor quedó metido y no hubo forma que la lluvia helada que estaba empezando a preocuparme que qué mala suerte cómo pudo enseguida sirvo el guiso.

La tormenta retrasó el amanecer y recién pasadas las siete pudo decirse que era de día. Roque advierte la ansiedad de Montero que va y viene cuántas veces de la mesa a la ventana, el mate y un trozo de galleta marinera son como un accesorio en sus manos, apenas adornos desplazados y olvidados en algún rincón, no te preocupes tanto pa, dentro de un rato lo tenemos aquí, pero las palabras quedan flotando

en el aire igual al susurro del follaje o el goteo de la canilla, y con el chistido de la última sorbida Roque parece escuchar callate y dejame pensar, le devuelve el mate a Filomena sin mirarla, estirando el brazo en una orden muda porque sabe que Filomena está allí, atenta al gesto, entonces hunde más y más la mirada a través de la ventana, el campo tiene ya varios espejos de agua que cubren los sectores bajos y la lluvia, con la tranquilidad de la perseverancia, simula hacerlos hervir; es la ebullición de la monotonía, de los diluvios silenciosos, de la rutina sin escándalo. El cielo es gris uniforme, sin matices, propio de las lluvias largas. Trata de pensar en otra cosa, más bien en cómo sacar el tractor, a quién conviene acudir, pero el 79 y el 83 golpean como una maza, le devuelven la memoria, lo aguijonean con recuerdos amargos. Cuando ve que Roque se pone el piloto le dice que se quede, que no vale la pena, pero Roque insiste no obstante el resfrío y se sube las botamangas del vaquero. Por el mutismo reconoce que Montero está inquieto, algo nervioso, y quiere salir cuanto antes. Ha vuelto a ponerse las alpargatas del día anterior, sabiendo que en cuanto salga quedarán de nuevo cubiertas de barro.

El trayecto es penoso y ambos caminan sin decir palabra. Roque se ocupa un tanto en esquivar los charcos pero Montero tiene la mirada en el horizonte y todavía más allá, viendo vaya a saberse qué -advierte Roque cuando lo observa de soslayo, y es como si Montero no sintiese la lluvia, como si caminase en un día soleado, indiferente, metido en sus pensamientos. El agua ya ha hecho desaparecer la base de los postes y en algunos casos ha llegado casi hasta la línea baja del alambrado y Montero sabe que cuando el agua supere esa línea se hará difícil encarar la siembra porque la tierra estará saturada y ya no podrá filtrar esa gigantesca masa líquida y que tendrá que esperar un buen tiempo para que la absorba y se desagote, y si esta lluvia de mierda sigue vamos a sacar el tractor el día del juicio final. Reconoce que va a ser imposible sin ayuda y ha tomado la decisión de pedírsela a don Cecilio que tiene una chevrolet y

la chacra a unos seis kilómetros. Es el vecino más cercano y se encuentra en el camino por donde el tractor quedó varado.

Al igual que en la noche, lo divisan al llegar a la parte alta de la loma y una tristeza repentina ensombrece el rostro de Montero: allí está, con su cabina roja opacada por el desgaste, con una sensación indescriptible de soledad, única estrella del universo, fría, pálida, extinguiéndose de a poco, entonces Montero apura el paso, siente que lo llama, que se queja con la voz casi inaudible de los moribundos, que le recrimina el abandono, y cuando llega le pasa la mano por el capó, la cabina, lo palmea como a un animal enfermo, y algo hay en la quietud inanimada del tractor que le responde, hasta Roque puede escuchar esa voz callada, la respiración metálica, el movimiento invisible de lo estático, la parálisis de quien quiere caminar, y cuando Montero dice vamos a lo de don Cecilio lo hace como pidiéndole disculpas, en un rato volvemos.

En el rostro adolescente de Roque también hay amargura de puro mirar los movimientos lentos, casi resignados, de Montero, y porque además ha notado que el tractor está hundido algunos centímetros más; recuerda muy bien que los ejes no estaban sepultados cuando lo dejaron por la noche y no sabe si Montero se ha dado cuenta pero prefiere callárselo.

Durante el camino ha estado a punto de detenerse, petrificado, pero logra sobreponerse y sigue como si nada a pesar del escalofrío que le recorre el cuerpo. Observa a Montero que va unos pasos delante, no parece haberlos oído pero él sí, los escuchó con claridad, su canto inconfundible que puede distinguir sin dudar, dónde están, alza la vista, hurga en el cielo pero no puede descubrirlos, los alcaravanes están ahí pero no se dejan ver los muy malditos, raro con esta lluvia.

Son anunciados por los perros y Cecilio no oculta la sorpresa al verlo llegar con ese tiempo, refugiados dentro de los pilotos como espantapájaros que se han desprendido de su armazón, pálidos y espectrales. ¡Ave María purísima! -les grita Cecilio

desde la puerta, y Montero festeja el recibimiento con una risotada. Esta Adelaida siempre tan atenta -le dice Montero, porque Adelaida se apresura en colgar las capas, cebar unos mates a punto de hervor y servir unos bizcochos de grasa que ella misma prepara y que Roque devora con disimulada avidez.

Cecilio es un hombre de gran físico, bonachón, con una cara redonda de niño en contraste con la cicatriz rosada y profunda que le atraviesa la frente en diagonal, en apariencia torpe pero hábil y activo como pocos, adicto a los fierros, con un galpón en el fondo repleto de trozos de maquinarias que guarda como repuestos que rara vez usa, mutilados cadáveres de metal que se han acumulado en las mesadas, abandonados en rincones y colgados de ganchos junto a las paredes y sobre estanterías, confundidos entre herramientas que a veces él mismo ha fabricado, y de ahí sus manos siempre ennegrecidas por más que se las lave, percutidas durante años por aceites quemados y grasas antioxidantes, en cambio hay en Adelaida delicadeza por donde se la mire y el tiempo no ha conseguido arrebatarle sus formas, los libros de la casa son suyos, cosa que no es de extrañarse porque ejerció como maestra hasta no hace mucho, hasta la muerte de Bruno para ser preciso, y en la época en que Cecilio y Adelaida noviaban muchos se preguntaron qué veía en él una mujer como ella, todavía mayor sorpresa con el asunto del casorio, entonces fueron varias las lenguas que insinuaron el asunto viene de apuro, pero no, Bruno nació casi un lustro después, cuando ya empezaba a murmurarse que no podían.

Puede decirse que con Adelaida fue la única vez que Roque le tomó afición al estudio, cuando tuvo problemas en la escuela y Adelaida lo ayudó en las cuentas y con la historia, primero una vez por semana, después dos y después tres, la Filomena contentísima pero al final hubo que pararle el carro, no me explico por qué de pronto esa furia por los libros, después andaba como embobado de tanta clase, que por eso yo siempre digo todo tiene su límite.

Decir que Cecilio guarda la chevrolet bajo techo es decirlo en su sentido literal; cuatro estacas sostienen unas cuantas láminas de cinc y con sólo eso conformó una especie de garage improvisado. Es Roque quien va del lado de la ventanilla para bajar y ocuparse de la tranquera. Durante el camino Cecilio exhibe su habilidad como conductor al orientar la chevrolet sin mucho esfuerzo en medio del lodazal, así la camioneta se escape para un lado y para otro y a veces llegue a ponerse casi de costado. La lluvia a amainado por suerte, transformada en garúa intensa, dándole apenas trabajo al limpiaparabrisas que funciona sólo del lado del volante. A ambos márgenes de la ruta la tierra ha desaparecido, convertida ya en lagunas que culminan en la línea del horizonte, espejo liso y monótono interrumpido cada tanto por lomas trocadas en islotes, montes de álamos y jacarandaes y algún que otro ñandubay solitario. Roque se pregunta por qué en las inundaciones los animales quedan estáticos en sus lugares, por qué son atacados por esa inmovilidad que no alcanza a entender, ¿será por miedo?, si a veces hay que engancharlos por el hocico para que se muevan, y ha observado sobre todo en las vacas una expresión de sorpresa, de estupefacción ante esa superficie líquida que crece y crece con las horas, ¿por qué los animales quedan varados, pa? -iba a preguntarle, pero al girar la cabeza ve que los ojos de Montero miran hacia adentro, entonces Roque vuelve la vista a la ventanilla pucha qué macana con esto del tractor, y sigue con el panorama, con los juncos reverdecidos que han cobrado nuevas fuerzas y que pueblan apretados la depresión de la banquina, con las garzas, los patos y las gallaretas que de dónde saldrán, de las aguadas de la zona seguramente, sé de gente que va de caza a los potreros de los Núñez y los Altamirano, de dónde saldrán tantos patos.

Y así van los tres, cada uno con su silencio, Montero algo incómodo ahí en el medio, intuyendo lo que Cecilio piensa, y Cecilio pensando en Bruno, por supuesto, qué otra cosa puede traerle la imagen de la lluvia y del agua invadiéndolo todo. Fue

en el 83, durante la última inundación, cuando hasta el Santa Lucía se desbordó y anegó los campos con correntada fuerte, pasaron dos días buscándolo, Montero formó parte del equipo junto a otros vecinos y el bote cedido por la intendencia, y fue también, con el propio Cecilio y el hijo mayor de don Ventura, de los que se zambulleron una y otra vez escudriñando a los manotazos porque ni valía la pena abrir los ojos con el agua revuelta como estaba, mientras Alfaro y el viejo Ventura se quedaban en el bote hundiendo sus estacas por aquí y por allá, al final dijeron que costó encontrarlo porque la corriente lo fue arrastrando lejos de donde se suponía había desaparecido, aunque sigo insistiendo que no fue así ya que no salió a flote justamente por estar agarrado a un retoño que hubo que arrancar para poder sacarlo, por más que tratamos fue imposible abrirle los dedos, y ese día estuve a punto de ahogarme yo que tuve la mala leche de encontrarlo cuando sentí que la mano suelta me rozaba el talón, y menos mal porque estábamos a punto de dejar el lugar y rumbear para otro lado, carajo que no me voy a olvidar nunca del momento que lo subimos al bote, la verdad que don Cecilio se portó como machazo, ni una lágrima soltó, nada más que agarró un trapo mojado y se puso a limpiarle la cara, despacito y con precaución como si el muchacho estuviese vivo si al Santa Lucía le da por la creciente estamos jodidos -escucha de pronto que Cecilio le dice.

Medio risueño, medio preocupado y un tanto perplejo, le pregunta cómo hizo para enterrarlo de esa manera, ya de entrada Roque se da cuenta de que va a intentarlo de puro compromiso porque la chevrolet no da para semejante mole, sepultada que parece a propósito. Sin embargo en Montero la esperanza está intacta, cómo no va a poder don Cecilio, y con las palas tratan de limpiar lo más posible en derredor del tractor, sobre todo por el lado de las ruedas traseras y también por el lado de las rueditas frontales para darle vía libre, pero el barro vuelve a meterse, abrazándolas como tentáculos, como si el caucho fuese un imán para la tierra líquida, y las palas que

juntan qué, es casi escarbar en agua, trabajo al pedo -piensa Cecilio con la pala una y otra vez, y ya no se sabe qué es lluvia y qué es sudor con la camisa pegada al cuerpo. Mientras tanto Roque junta el ripio que puede, cientos y cientos de piedrecitas que coloca delante de las ruedas, y las piedrecitas plop plop cuando se hundén y desaparecen, la verdad que la ruta es una geografía en pequeño, con charcos que parecen lagunas y que rebasan y que socavan el suelo, formando riachos, hilos de agua que desembocan en otra laguna, y a su vez en otra, y finalmente en la depresión de la banquina como en un gran río ancho y profundo, la banquina que es el Paraná, desbordado ya en algunos sectores, cortando la ruta, seccionándola, tornándola peligrosa y casi intransitable.

Una vez que encadenan el tractor a la chevrolet Montero gira la llave de arranque y queda sorprendido cuando el motor ruge al primer intento, después de todo el viejo también pone lo suyo, medio podrido ya de andar metido en este barrial, y Cecilio al volante de la chevrolet dando un sacudón, la cadena que se tensiona y de común acuerdo Cecilio y Montero presionan el acelerador, al principio con cautela, como quien tantea el terreno, y las ruedas que empiezan a girar y a girar, la cabina del tractor parece oscilar con las vibraciones, también la chevrolet comienza a hundirse y cuando Montero se decide y arremete porque sabe que ése es el intento final, Roque, desde un costado, observa el espectáculo de las ruedas despidiendo chorros de barro y algunas piedrecitas de las que él juntó, difícil es discernir cuál es la furia del tractor y cuál la de Montero, hasta que advierte con espasmo cómo esa masa de barro invade la cabina, toma los pedales, se mezcla con la base del motor y Montero que no cede, y el tractor no puedo no puedo, y Montero sí podés carajo, vamos carajo mientras Cecilio sabe que es inútil, que cada vez es peor porque el movimiento lo irá hundiendo más y más, que a esa altura hasta la chevrolet corre el riesgo de quedarse pero no va a aflojar hasta que Montero no lo haga, que él mismo se convenza. Sin embargo la decisión la toma

el propio tractor cuando con gemido ahogado dice basta y el motor se detiene a pesar de los esfuerzos de Montero por volver a ponerlo en marcha. Cecilio sale de la camioneta con un portazo y luego de cruzar una mirada con Roque observa el tractor, con las manos en la cintura, impotente, como estudiando la situación pero en realidad aguardando a Montero, y Montero que permanece con la cabeza inclinada, mudo, estático, si pareciera que formase parte de la cabina, de su esqueleto de hierro, del piso anegado, aferrado al volante por un buen rato hasta que Cecilio, chapoteando en el barro, se le pone al lado y pone la mano sobre su hombro a esto vamos a tener que solucionarlo con la oruga de vialidad, me deben algunos favores por reparaciones, creo que la topadora es lo único que va a poder sacarlo, pero Montero sigue sin decir palabra, con las manos en el volante como si Cecilio no existiese, como si nadie le hablase, vamos a comer a casa, lo invito, y recién ahí los brazos de Montero se distienden, su cuerpo va animándose de a poco, tímidamente recobra la forma humana, se desprende del tractor y por primera vez Cecilio nota ojos enrojecidos en ese hombre de rostro invulnerable. La Filomena ha de estar esperándonos, nada de eso -se apresura Cecilio, se viene a comer con nosotros así tenga que llevarlo a la rastra. Eso provoca en Roque cierta euforia que trata de esconder al ver a Montero conducido dócilmente hacia la camioneta.

La lluvia arrecia otra vez y el regreso se hace también en silencio, sólo interrumpido por algún que otro comentario de Cecilio que suena como cuchilla que corta el aire de un tajo la topadora no va a poder salir hasta que pare y el camino se seque un poco, los Villarreal ya empezaron a llevar algunos animales a las partes altas, y en un momento Cecilio lo intenta con la radio pero la voz del locutor sale ametrallada por las descargas y en otra estación un lejano chamamé surge desdibujado, inaudible, Cecilio finalmente la apaga, también es por cuestión de antena, todavía no pude hacerme de tiempo para arreglarla -se apura en aclarar, pero Montero sigue con la vista clavada en el frente, ahí donde la lluvia castiga con fuerza el parabrisas.

Después de varios mates don Montero, enseguida vuelvo, y corre hacia el galpón, seguido de Roque, también atraído por ese mundo de motores desarmados, neumáticos, herramientas, piezas de arados y hasta de cosechadoras, y esto para qué es, y esto para qué sirve, entonces Cecilio le explica con toda la paciencia, con el placer de quien comparte, quizá sea eso lo que le recuerda tanto a Bruno.

-Como verá, Cecilio no puede pasarse mucho tiempo sin sus cachivaches -le dice Adelaida a Montero mientras pela unos tomates recién hervidos, y según parece Roque va por el mismo camino.

-Ojalá sea así, como usted dice; no es cosa buena ser chacarero sin tierra.

-Pero a usted no le ha ido del todo mal.

-¿Le parece? -replica Montero-, hasta la tierra donde hice la casa es arrendada, si algún día se les ocurre no renovar el arrendamiento ¿qué tengo que hacer, cargar la casa y llevármela encima?

-Pero esas cosas no pasan, hace cuánto que usted trabaja esos campos ¿y alguna vez alguien le insinuó algo?

-No, tiene razón, es buena gente pero mientras la tierra no sea de uno nada es seguro, acuerdesé si no lo que le pasó al colorado Peñaloza.

-Pero ése es un caso distinto, nada más que el estado en que tenía el alambrado, si parecían potreros abandonados, daba pena verlos.

-Sí, claro, en eso tiene razón, pero son cosas que uno se acuerda de pronto, nada es seguro si no es de uno, y encima me viene a pasar esto.

-Por eso no se preocupe, ya se lo irán a sacar apenitas pare la lluvia.

-Espero que sea así, el tractor es lo único que tengo.

-No diga eso, Montero, qué va a pensar la Filomena si lo escucha.

-Eso es distinto, no es como el tractor. Fijese si no en el

mayor, cuando tuvo la edad se lo llevaron para La Agrícola y desde entonces si recibimos cinco cartas es mucho decir.

-No se lo llevaron, se fue él -se apura en rectificar Adelaida.

-Sí, ta bien, pero la Filomena quedó resentida después de eso. Ya no volvió a ser la misma.

Adelaida interrumpe la pelada de los tomates y luego de un instante

-Así son las cosas, Montero. Es la ley de la vida.

Pero enseguida se arrepiente. No es una frase hecha lo que Montero anda necesitando y masculla entre dientes, relaciona, bucea en sus recuerdos, pero las palabras no salen, algo las mantiene atadas, hasta que ya no hacen falta porque Roque irrumpe en la cocina seguido de Cecilio.

Cuando Cecilio los lleva de vuelta a la chacra pasan junto al tractor y hay que persuadir a Montero para que no se baje a hacer qué, no tiene sentido que intente nada, para seguirse mojando al pedo nomás, le dice Cecilio, aunque Roque advierte en su padre una de esas determinaciones que no hay quien se la saque de la cabeza, pasa el resto del día callado, de mal humor, y bien entrada la noche Filomena siente cómo los elásticos de la cama crujen casi a las escondidas, ¿qué hacés?, cuando lo ve vestirse, pero Montero nada responde. En verdad no hace falta porque Filomena sabe muy bien por qué y hacia dónde y lo ve ponerse la pesada y antiquísima capa negra del abuelo que hasta conserva la capucha, de pie, junto a la cama, con su camisón floreado, sin inmutarse en apariencia pero con los dedos tomados unos de otros, agarrotados hasta el dolor, y Montero que se mueve sin barullo, que sale cerrando la puerta despacio despacio.

Roque va a verlo por la mañana y lo encuentra sentado en el tractor, con el lodo por llegarle a las ancas, pero pa, con esto no vas a conseguir nada, te vas a morir de frío aquí dentro, y cuando dice morir es él quien siente una corriente helada recorriéndole el cuerpo, y no hay ruegos ni argumentos desde que Montero, emperrado como sólo él, decidiera permanecer

en el tractor, tomado del volante y estático igualito al busto de San Martín en la plaza del pueblo.

A eso del mediodía viene a verlo Cecilio, al principio con persuasión, hasta con dulzura, pero don Montero, lo desconozco, un hombre como usted, Cecilio achica, aprieta, comprime, no me diga que esto es en serio, don Montero, por favor, después saltan palabras punzantes, dolorosas, palabras que queman, chiquilinada, no sea necio, terco, imprudente, desconsiderado, por qué no se va de una vez y me deja en paz -piensa Montero cuando cierra los ojos con fuerza para no escuchar, luego Cecilio regresa al tono anterior, don Montero, somos o no somos amigos, la mano en el hombro, la voz suavizada, pero nada, hablarle a Montero es como hablarle al tractor, entonces acude a las amenazas, que lo vamos a sacar de aquí quiera o no quiera, que no nos va a tener así, con el corazón en la boca, en cambio Filomena estuvo por la tarde sin decir palabra, a su lado como quien cuida un enfermo en un cuarto silencioso de hospital, cebándole con el termo abollado en varios lados pero que milagrosamente nunca se rompió, y cuando Roque la ve regresar le parece que tiene el cuerpo algo más encorvado, como si varios años le hubiesen caído sobre los hombros. Piense en la familia, Montero -le dice Adelaida, en los chicos, van a creer que tienen un padre mal de la cabeza, piense en Filomena, o si no en la bebida, en Verónica que tanto lo quiere, qué van a hacer ellas con el padre metido en un loquero. Escuché el pronóstico hace un rato, la radio dice que el frente de tormenta se está abriendo, se va para el este, que va a mejorar el tiempo mañana o pasado, aunque Montero sepa que eso no es cierto, él mejor que nadie conoce el desplazamiento de las nubes, el olor del aire, la velocidad del viento, cuántas veces han ido a consultarle y siempre ha dado la respuesta infalible, lo dice por decir, para intentar algo, porque también Adelaida sabe que Montero sabe. Y si hasta el viejo Ventura lo visita llegado el atardecer, con el sol que no es sino una luminosidad gris escabulléndose de a poco, pero don Montero,

qué está haciendo aquí metido, dejesé de joder y vengasé a tomar una ginebrita al rancho. De todos ellos Roque es el único que parece darse cuenta que el tractor se va hundiendo con rapidez y a punto está de soltar las lágrimas cuando Montero le dice no quiero que vengas, dejame solo.

La lluvia cae débil, como cuando el viento estremece las hojas de un árbol luego que la tormenta ha cesado. Y en medio de la impenetrabilidad nocturna, Montero intuye la línea del horizonte a través de los refucilos lejanos y silenciosos. No me dejes. No, no te dejo. Entonces Montero se toma de los travesaños que unen el centro a la circunferencia del volante y se reacomoda pesadamente con el lodo apretándole el costillar, casi a la altura de los sobacos. Tiene las piernas y la cadera heladas y hace rato que ha dejado de sentir las. Pensé que eran las válvulas. No, es el arranque, por eso a veces me cuesta. Montero respira hondo y ensancha el tórax, tal vez queriendo aliviar la presión del lodo, o llevar aire tibio a los pulmones. Si te hubiese cambiado los neumáticos. Uno dos ocho veinte, por momentos hasta podría contar los goterones que otra vez comienzan a golpear el techo con esa persistencia arrítmica, irregular, goterones sin melodía, cansados y solitarios. Una buena revisada del distribuidor que hace cuánto no le echo una ojeada. El viento invernal empieza a silbar con fuerza y la lluvia cae oblicua, metiéndose por la boca de la cabina y zambulléndose en el lodo que abraza la espalda de Montero. Súbitamente el tractor se inclina y la chimenea a un costado del capó desaparece entre burbujas que revientan como pústulas de aire. Montero siente que el lodo llega a los hombros y que envuelve el cuello en una caricia de hielo. La lluvia arremete ahora con violencia y partículas de barro saltan y llegan al techo, salpican la línea superior del parabrisas y de las ventanillas laterales, cubriéndolas con una cortina de tierra líquida. Entonces los refucilos se disipan, desvanecidos, y un gran trueno, extenso y profundo, parece conmoverlo todo, como si naciese de las entrañas de la tierra. No me dejes. No, no te dejo.

Y el lugar donde ocurrió aquello sólo permaneció en la memoria de los escasos testigos. Y es claro que nadie más podía advertir esa tumba sin cruz y sin nombre, sin flores de plástico que la recordasen. Sólo los alcaravanes, al pasar por allí de tanto en tanto, se desviaban por un momento y adornaban con su canto una extraña ceremonia, dibujando en el espacio un vuelo circular.

Varias semanas más tarde, Filomena, sin hombre y sin tractor, tuvo que recoger sus bártulos y sus hijos y abandonar la chacra para siempre. Pasado un año alguien creyó reconocerla por el lado de Santo Tomé, pero no estoy seguro si era ella, estaba muy encanecida y con la cara llena de arrugas. No sé si era la Filomena.

## DESDE UN CIELO GRIS

*...en tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada.*

**Góngora**

Por qué la presencia de Natividad me molestó esa mañana. Abrió despacio la puerta de la habitación, mientras cuidaba el equilibrio de la taza de café. No sé por qué me molestó. Dejó la bandeja sobre la silla, junto a la cama, y levantó la persiana hasta la mitad. Seguí con los ojos cerrados y con la cabeza semicubierta por las frazadas, sin moverme, estático como la presencia de Natividad que aguardaba que me decidiese a salir de entre las sábanas y que estirase los brazos y me desperezase. Dejé pasar los segundos y los segundos fueron algo pesado y macizo y empecé a escuchar el tic tac del reloj despertador hasta que aquí tiene el café, niño Jorge, ¿se lo dejo en la silla o lo quiere en la cama?

Apoyé la almohada contra la pared y me tomé todo el tiempo para acomodarme. El cuerpo era un montón de hierros oxidados. Giré la cabeza hacia la ventana y la luz pareció el sol del mediodía entrando en el cuarto con desparpajo. Me llevé la mano a la cara mientras Natividad ponía la bandeja sobre las frazadas y me decía tómelo antes que se enfríe, niño Jorge, el café es bueno si está caliente porque si no hasta puede darle gases y retorcijones de vientre y puede pasarse el resto del día con mal humor...

-¿Podrías cerrar un poco más la persiana?

-Ya hace rato que ha amanecido, niño Jorge. Son casi las nueve y media. ¿Se siente mal?

-Por favor, ¿podrías cerrar la persiana?

La semipenumbra le devolvió a la habitación cierta calidez, pero en ningún momento desapareció esa sensación de desagrado, como si todo me molestase, la luz, la penumbra, el olor del café, la presencia de Natividad, mis propios movimientos, la cabeza apoyada en la superficie dura y fría de la pared.

-Si le cuesta despabilarse le puedo traer una aspirina aunque no conviene que la tome con el café porque dicen que

un vaso de agua para que se vaya el gusto no es cuestión de todos los días traer úlceras y otros tipos de complicaciones cuesta sacarse ese cansancio de encima, en especial si uno no ha pasado una buena noche

y la voz de Natividad era una sopa de letras, de palabras revueltas que entraban y salían y perdían y recuperaban y volvían a perder el sentido, palabras mutiladas, frases por la mitad, pero yo no me esforzaba, no podía esforzarme, era el renunciamiento, y me dejaba llevar por esa disposición al abandono con los brazos que caían a los costados, la cabeza tumbada

-Está bien, Natividad. No quiero nada.

-Bueno, pero hágame caso, aproveche el café mientras está caliente, que va a ver cómo al primer sorbo ya le cambia el ánimo, de todos modos tiene aspirinas en el botiquín del baño, si quiere le puedo alcanzar...

-Quiero estar solo.

-Ah, sí, disculpe, niño Jorge. Lo están esperando abajo para el desayuno. ¿Quiere que le diga algo a la señora?

No respondí y escuché, por fin, la puerta del cuarto, pero algo quedó de aquella presencia que tardó en disiparse, la silueta carnosa y robusta, el vaho mezcla de alcanfor, lavandina y colonia económica, el rumorero de las zapatillas y todas esas cosas tan cotidianas y queribles y que esa mañana me eran insoportables, aunque de alguna manera Natividad seguía allí hablándome del café y de las úlceras y sus palabras se fundían hasta que amenazaban con volverse indescifrables y regresaban intactas para después transformarse en sonidos, sólo sonidos que se me metían en la cabeza, sólo sensaciones por los oídos, por los ojos irritados y lacrimosos, por la boca que conservaba en exceso el gusto cerrado de la noche.

No pude tomar el café. Estaba demasiado amargo o demasiado dulce, tal vez un poco rancio. Me senté en la cama. Sentí las articulaciones como engranajes mal aceitados. No era verdad que hubiese pasado una mala noche. Había dormido profundamente. Y ahora cada movimiento pedía un esfuerzo sobrehumano. No

se trataba de un despertar corriente, como esas mañanas heladas que terminan por sobrecogerme, con las sábanas que me sujetan, me chupan, somnoliento y amodorrado. No era un despertar habitual. Lo confirmé apenas me puse de pie. Caminé hasta el baño, tambaleándome. Pero tampoco era un mareo ni un estado de debilidad. Era un desgano que parecía nacer del enervamiento de los huesos, de la carne reblandecida.

Puse la cabeza bajo el chorro de agua fría. El agua golpeaba en la nuca y se deslizaba por el cuello, entre las orejas, empapaba el cuero cabelludo, se escurría, tomaba los párpados, la frente, se desviaba por el mentón, y toda la cara sentía el flujo del agua que corría como riachos desbordados, y yo dejándola hacer, que impregnara el pelo con el frío de la mañana mientras ladeaba la cabeza para un lado y para otro, de arriba abajo, llevaba el chorro hasta el remolino del pelo y de vuelta hacia la nuca. Abrí la boca para respirar mejor, algo ardía dentro de mi cabeza y el agua helada reducía ese ardor, lo apaciguaba, era como un equilibrio térmico, mi cabeza, la cara, buscaban casi con desesperación el frío del agua y el frío traspasaba los poros, humedecía el cráneo, llegaba hasta la superficie del cerebro y se metía por las circunvoluciones, por las grietas, las fisuras del cerebro, el frío llegaba hasta lo más profundo y era la tempestad que caía sobre el cráter de un volcán, buscaba el ardor, lo amansaba en medio de explosiones subterráneas y de chorros de vapor que emergían enfurecidos, el agua resbalaba por toda la superficie de la cabeza y se perdía por el agujero del lavatorio y parecía el sonido de la lluvia escapándose por las bocas de tormenta.

Fui levantando la cabeza, poco a poco, mientras dejaba que se escurriese el agua, hasta que la mirada se enfrentó a la mirada del espejo y así nos quedamos mirándonos, uno al otro, quién me miraba de ese modo, con los párpados cansados, los ojos que parecían quebrados por un dolor antiguo, toda la mirada en estado de postración. Y sin embargo había en mí cierto estupor ante aquella mirada, aunque el espejo no hiciese

otra cosa que devolverme unos ojos exhaustos y consumidos por sensaciones que ni siquiera trataba de explicar.

Bajé con precaución, tomándome de la baranda. Los pasos parecían estar atentos a cada escalón. No me había peinado y algunos mechones de pelo continuaban desprendiendo hilos de agua que resbalaban por la espalda y el pecho. Natividad servía una nueva tanda de tostadas. Papá me saludó casi sin desprender la mirada del diario, mamá me recibió con la noticia de que anoche te llamó Enrique, me habló no sé qué de una reunión o de una fiesta, dice que lo llames, y Graciela, como siempre, apresurando su desayuno mientras trataba, como siempre, de disimular su apuro por despegarse del grupo familiar. Me pareció que Natividad estuvo por preguntarme cómo me sentía, pero por alguna razón no lo hizo. Los ruidos llegaban hasta mí sobredimensionados. El ruido de las cucharas al revolver el café con leche, el ruido de las tostadas al romperse entre los dientes, el diario de papá, los comentarios de mamá, Natividad nada les había dicho, y después de todo por qué habría de comentarles sobre mi modorra y el cansancio de la mañana y el esfuerzo por despabilarme. Graciela, por accidente, dejó caer el cuchillo sobre el plato y el cuchillo en el plato se me metió en los oídos como un eco metálico que estuvo por hacerme decir por favor tené más cuidado, pero no hubiera soportado mantener ni la más ingrátida discusión esa mañana.

No, era evidente que Natividad no les había comentado nada. Me sentía pálido, con la piel amarillenta y apergaminada, aunque el espejo me hubiese entregado el rostro legñoso de todos los días. Y no obstante, ese par de sorbos de café en mi cuarto habían conseguido reanimarme, o quizá fuese el agua helada. La nuca y el cuello persistían entumecidos y por un momento me pareció que mamá me observaba y que en seguida bajaba la vista y regresaba con indiferencia a la ceremonia del desayuno.

Pero ni ese estar despierto era el habitual. Más bien se parecía al desvelo de un enfermo, el insomnio de alguien alterado por los nervios, y si de alguna manera me imaginaba era echado en la

cama, con la boca entreabierta y los ojos hinchados y desmedidos como si me hubiesen arrancado los párpados.

Llamé a Enrique. Me dijo que ayer había intentado comunicarse tres veces, que había dejado un mensaje en el contestador, que posiblemente organizase un party en su casa pero no estaba seguro, todo dependía de, si van quiénes, esto y aquello, que también estaba tratando de organizar un partido en la semana pero no sabía si, Enrique nunca estaba seguro de nada.

Y cuando todavía no había alcanzado a alejarme del teléfono, llamó Viviana, necesito verte, me quedaron un par de cosas por contarte, te quiero, que cuándo nos vemos, dónde, extirpándome palabras a los tirones, estás serio, ¿te pasa algo conmigo?, ¿todavía seguís ofendido por lo que te dije?, pensé que había quedado resuelto, convencida de que ella es el centro de la vida, el ombligo del mundo, con su voz encerrada dentro del auricular, y era extraño, escucharla con los sentidos exacerbados y ella, sin embargo, con la voz reclusa en el teléfono, era extraño porque podía percibir su olor, el perfume de la piel recién bañada, podía mirarla con una nitidez sorprendente, y la distancia no hacía más que potenciar sus rasgos, los movimientos, el gesto que nace de los suspiros, los dientes resbalando por el labio inferior, los ojos vueltos hacia arriba, importunada, contradecida por mi mutismo, no pensé que fuese para tanto, es que a vos en el fondo no te gusta que te digan las cosas como son, el sabor de su saliva, su boca jugosa y caliente, mientras hacía lo posible por desprenderme de ese aburrimiento letal. No era a Viviana a quien desconocía, acaso mis propios sentidos se volvían hacia mí irreconocibles, los sonidos como ecos, los ojos empeñados en mentirme, y sin embargo me miraba las manos y allí estaban con surcos que no había advertido nunca, con arrugas extrañas a mi juventud, los nudillos hinchados y la piel que quería decirme algo, no sé, no sé.

Vamos a casa -me dijo. Yo ya conocía esa sonrisa transgresora y me sentí en la obligación de simular complicidad. En otro momento eso me hubiese irritado, pero no tenía fuerzas para

irritarme. Viviana pagó los cafés luego de una discusión que no sé bien en qué terminó y de una reconciliación surgida de cualquier lado, un exorcismo por decantación. Fue una necesidad de ella, no mía. Caminamos en silencio por una calle secundaria, de parches de asfalto en el empedrado y árboles raquíticos que nadie cuidaba, con Viviana aferrada a mi brazo y con ese silencio que se había desprendido de sus orígenes, que ya no era el de antes porque en los primeros tiempos caminábamos duros y con miedo de hablar y ahora lo hacíamos laxos y sin nada que decirnos ¿en qué estás pensando?, cuando me advirtió abstraído mientras se desabrochaba la blusa y yo todavía con la campera puesta, y entre su blusa y mi campera estaba la distancia que nos separaba sin crueldad, apenas un tibio desamor, un dejo de hastío por las cosas hechas y vueltas a hacer.

Fue cuando estreché su cuerpo contra el mío, mi cuerpo helado en contraste con el suyo. Me percibí más flaco de lo que era, con la piel que apretaba los huesos, la marca del costillar, de los omóplatos, el relieve de las caderas, mis manos huesudas y frías. Me sentí avergonzado, pero Viviana no pareció notar nada, me tocaba con naturalidad y yo sólo tuve ganas de hundir mi cara en su cuello, en la maraña de su pelo, hundir la nariz en el interior de una cueva, llegar hasta el calor de las fogatas y descansar, dormir horas y horas en mi abandono de hombre prehistórico luego de una jornada de cacería, hacer el amor sin hacerlo, Viviana, acurrucada junto a mí como un niño perdido que respira su desamparo, porque esa fogata que nadie cuida puede extinguirse y es la única débil luz aún visible y no hubiese soportado que dijera que no me preocupase, que a todos los hombres les pasa lo mismo, no hubiese tolerado ninguna vulgaridad que pasase por el laberinto de mi agotamiento estéril, por esa fatiga sin esfuerzo que me dejó exhausto a su lado.

-¿Te vas a vestir ya?

-Pueden venir tus viejos.

-Te dije que no vienen hasta la noche.

-No importa. Me voy igual

dejándote con la sensación de que me iba por vos, que vos eras la causa y no yo. Y mientras terminaba de abrocharme el cinturón te sentía culpable, con ese remordimiento que sólo se concibe en quien se piensa el epicentro del otro, y yo explotando esa creencia igual al peor de los cobardes, nada más que para huir, irme como si pegase un portazo.

Afuera tuve la impresión de alguien que recuperaba la libertad luego de un par de días de permanecer detenido. Miraba el paisaje como si no lo reconociese o como si tratase de hallar ese elemento, ese único elemento, que lo hacía irreconocible. Sin embargo todo estaba envuelto por una luz extraña que lo uniformaba, el cielo parecía reflejarse en el asfalto, en las fachadas de los viejos caserones, en los árboles pelados que apuntaban sus ramas como huesos de una mano a la que la muerte y el tiempo le han arrancado la piel, un paisaje momificado y sin cromatismo que se me metía por los sentidos y mis ojos eran grises y los oídos captaban el lejano chasquido de unas cubiertas sobre la calle mojada y el olor de la llovizna y la llovizna que me acariciaba la cara y el frío de julio agonizándome dentro de la campera y las manos ateridas, no había notado en qué momento recrudesció el frío de esa manera, todavía con la cabeza puesta en los días de otoño, entumecido y escuchando mis pasos con la resonancia de un tuberculoso, mis propios pasos como únicos habitantes de aquella ciudad que me envolvía con su brazo de hielo y me susurraba palabras que no lograba comprender, tan desconcertado como ese perro vagabundo que trotaba apurado hacia algún lugar de la ciudad, el lugar donde se reúnen todos los perros que trotan apurados por las calles de la ciudad, y que se detuvo a mirarme y yo lo seguí con la mirada preguntándome qué podía llamarle de mí la atención o qué podía esperar él de ese desconocido con quien se cruzaba en la solitaria e inclemente callejuela de una ciudad hostil a los dos, al perro vagabundo porque nació vagabundo o porque se perdió o porque fue abandonado por alguien que ya no podía mantenerlo o había dejado de quererlo, y a mí porque

ya no podía comprenderla y sentirla como propia, como la ciudad en la que había nacido veinte años antes.

Antes de entrar en la farmacia sacudí el manto de brillantina que la llovizna había depositado en el pelo. Nunca me ocupé de la balanza. Comía, bailaba, hacía el amor, practicaba deportes sin que nunca se me diese por ocuparme de la balanza ni en pensar en mi salud física porque rara vez se piensa en eso cuando se la tiene. No podía saber cuánto pesaba con exactitud, pero podía intuirlo. Tampoco recordaba en qué momento se había quebrado el apetito, si fue tres o cuatro días atrás o una semana y si lo fui perdiendo de a poco o se trató de un síntoma brusco que no me llamó la atención sino hasta esa mañana, hasta la mañana en que me levanté y me sentí debilitado y vi mi cara en el espejo. Al decir verdad, creo que en casa tampoco llamó la atención, y no sería la primera vez que perdía el apetito y luego lo recuperaba con una fuerza que escandalizaba a mi madre, y recobraba la energía perdida porque son cosas que pasan en esta edad, cosas del amor y del estudio y de mudanzas y de preguntarse qué lugar ocupa uno en este mundo. Lo cierto es que no sabía cuánto pesaba y si había bajado de peso o si lo mantenía, pero apenas vi la aguja clavada en ese lugar me dije que ése no era mi peso, que era probable que hubiese perdido tres o cuatro quilos, aunque no podía asegurarlo. Y por qué habría de sorprenderme que en casa no notasen mi pérdida de apetito si yo mismo no lo había notado y recién esa mañana me había descubierto más cansado que de costumbre y con el cuerpo soñoliento y con ese rostro extraño mirándome desde el espejo.

Había decidido regresar a casa caminando cuando me encontré con la boca del subte. Una oleada de calor me dio en la cara apenas descendí al primer nivel. El último vagón iba casi vacío y entre el asiento mullido, el movimiento del vagón y el aire cálido, fui hundiéndome de nuevo en esa modorra de músculos reblandecidos que reconocí como la misma de esa mañana, un desgano que me hubiese llevado a pasarme de estación y a hacer sin darme cuenta el viaje de ida y vuelta, y creo que fue el propio

cansancio y las ganas de llegar a casa y recostarme en mi cama lo que me obligó a levantar la cabeza, la cabeza que parecía pesar el doble y que luchaba por inclinarse hasta tocar el pecho con la barbilla, la cabeza y el ensueño y ese querer salir de allí pero el cuerpo que se desinflaba igual a un globo, y cuando ya estaban por cerrarse las puertas alcancé a ver que ésa era mi estación y pegué un salto y salí un momento antes del golpe de una puerta contra la otra y el subte que tomaba velocidad a mis espaldas y yo todavía dormido ahí parado en el andén mientras la gente desaparecía tras los molinetes, escaleras arriba.

Subí como un viejo, tomándome de la baranda, a veces deteniéndome en un escalón. La llovizna había recrudecido pero sin transformarse en lluvia, o tal vez fuese el viento que ahora soplabla con fuerza y de manera permanente, no sé, un viento helado que cruzaba las calles y arremolinaba las hojas secas y papeles y restos de cualquier cosa. Cuando llegué a casa tuve la sensación de que estaba deshabitada y que no se trataba de un abandono reciente sino de semanas, o meses, qué clase de gente era aquella que había dejado su casa a la deriva, indefensa, poseída por espíritus inquietos y traviosos que habían encendido los leños del hogar y que no habían olvidado darle cuerda al reloj de péndulo que sonó con sonidos graves y profundos en el momento que dejé la campera en el respaldo de la silla, sonidos que parecían surgir desde el fondo de un cuarto clausurado y en el que nadie había entrado durante siglos, sólo espíritus obsecuentes ocupados en mantener el misterio de aquellos latidos que agudizaban el silencio y que parecían el último vestigio de una casta maldita a punto de extinguirse junto al derrumbe de una mansión que ya no podía sostenerse en pie.

Me tiré en el sillón, frente al hogar. Y no era únicamente la monotonía del péndulo quien hablaba. También el fuego parecía empeñado en susurrarme palabras quedas, algún secreto que debería descifrar con la mirada fija en las llamas, leer en la danza del fuego, en sus tules rojos y amarillos que terminaron por secarme la retina y me obligaron a pestañear, y sin embargo

yo podía ver aquellas brasas reflejadas en mis ojos, podía ver mis propios ojos en el fuego, sometidos, obnubilados, un cálido puente que me alejaba más y más de la vigilia y que me arrastraba a un mundo de ensueño, y yo sintiendo que me iba, sin fuerzas para regresar, sin poder volver, la dulce irradiación del fuego envolviéndome, cobijándome, regresándome a algún lado, a un lugar desconocido y en el que sin embargo había estado antes, sin poder recordarlo, un lugar oculto, empeñado en esconderse de mis recuerdos, qué lugar era ése hacia donde el sueño me arrastraba mientras la cabeza se hundía en un cojín del sillón como si estuviese apartada del resto del cuerpo, con mi cuello quebrado, sin vértebras, sin músculos suficientes para sostenerla erguida, apenas un hilo de sangre recorriendo el camino del corazón al cerebro, yendo y viniendo sin convicción, cumpliendo con un viaje de compromiso para llevar los últimos restos de oxígeno, mi mente entre brumas, la visión de párpados semicerrados envuelta por la niebla, hacia dónde estoy yendo, Nati, hacia dónde me llevan, no puedo contener el sueño, este cansancio agobiante, tal vez deba consultar con Dálmaso.

Cuando desperté, el fuego se había extinguido, pero hasta mí llegaba el calor de las brasas escondidas bajo una capa de ceniza y entre restos de troncos sin quemarse. La casa seguía deshabitada y ahora oscurecida por el declive de la tarde. Me apuré en subir antes de que llegase la gente.

A la semana siguiente volvió a llamarme Enrique. Me preguntó por qué no me había comunicado con él. No supe qué responderle y tampoco tuve ganas de darle explicaciones. Me hizo sentir como si tuviese que rendir cuentas, avergonzarme de algo. Volvió a hablarme de la fiesta y desestimó la idea de organizar un partido de fútbol porque le parecía que para invitar a un grupo a divertirse y pasarla bien tenía que andar rogando y que al final siempre faltaba para completar los equipos. Yo, por supuesto, le dije que no contase conmigo si volvía a cruzársele esa idea, y en aquel instante descubrí que sólo pensar en un deporte me

resultaba agotador, que había renunciado a la bicicleta y que ni siquiera hacía flexiones sobre la alfombra de mi cuarto. Entonces quise intentarlo. La última vez había llegado a las cincuenta sin esfuerzo y hasta sentí que daba para algunas más. A la tercera me di cuenta de que el asunto venía difícil y cuando elevaba el cuerpo alguien o algo se empañaba en presionar con su peso sobre mi espalda. A la sexta flexión empezaron a temblarme los brazos y a partir de allí se fueron haciendo más lentas y forzadas. En la décima la cara estaba enrojecida y a punto de estallar y hasta alcancé a advertir cómo se me hinchaban las venas del cuello. Perdí la cuenta, fueron trece o catorce cuando el hilo de saliva empezó a gotear desde el labio inferior y poco más de quince cuando caí exhausto sobre la alfombra. Permanecí un rato en esa posición, sin poder o sin querer levantarme, mientras dentro de mí tomaba forma la evidencia de que mi cuerpo ya no era el mismo. Durante aquella semana había recobrado el apetito, pero volví a perderlo un par de días después. No me resignaba a dejar de comer y masticaba cada bocado hasta desintegrarlo, pero mi garganta se cerraba y las mandíbulas terminaban por resentirse y finalmente el estómago decía basta.

Estuve otro rato boca arriba, serenándome y recuperando el aire. Fui al baño, creo que con la intención de enfrentarme al espejo. En los últimos días había evitado observarme y el rostro parecía esconderse mientras me afeitaba o me lavaba la cara o sonreía con esa sonrisa aséptica de quien se limpia los dientes. La camiseta estaba empapada. Desnudé el torso y la dejé caer sobre la tapa del inodoro. No fue miedo, fue otra cosa, asombro, o desconcierto ante un fenómeno desconocido. Era evidente cierta desproporción en mi cuerpo, pero no lograba reconocer si el torso se había empequeñecido o era la cabeza que había aumentado de tamaño. Sentí esa sensación casi indescriptible de deformidad y me miré como se mira a un extraño que se acerca con la confianza de un conocido, o como un conocido a quien el tiempo ha transformado en un extraño. Y sin embargo era yo, con el relieve marcado del costillar, los hombros que parecían más

estrechos, las tetillas erectas y amoratadas como si acabase de salir del mar helado, el ombligo hundido y el vientre blando, sin la cruz marcada en el abdomen. En la cabeza, la frente parecía más despejada y la piel opaca. Acerqué la cara al espejo y dejé correr la mano por la ceja, la sien, el pómulo destacado, la concavidad de la mejilla, el mentón con barbosidad de tres días. La piel había perdido el color, o había incorporado un color nuevo, amostazado, una tonalidad amarillenta, pálida y decididamente desagradable. Escuché que alguien llamaba a la puerta, eran los golpes de Natividad. Aguardé unos segundos antes de salir del baño. Natividad estaba poniendo medias y calzoncillos en un cajón de la cómoda. Cuando se dio vuelta y me vio, pareció sorprenderse más por mi presencia silenciosa que por mi aspecto.

-Ah, niño Jorge, aquí le puse las mudas limpias y también le dejo las camisas recién planchadas.

Permanecí parado en medio de la habitación, estático y sin decir palabra. ¿Qué es lo que ocurre, Natividad? ¿Acaso no te llamo la atención? ¿Es posible?

-Esta mañana dejé el cuarto abierto. Había aquí un poco de olor a encierro.

Me pregunté si estaría disimulando. Y si lo estaba, lo hacía muy bien. Mi cuerpo acartonado delante de ella, consumido igual a una fruta seca, y ella paseándose de un lado a otro de la habitación, indiferente, hablándome como siempre, no podía creerlo, por qué no me miraba de frente, estupefacta, con todo el asombro desmesurándole los ojos, por qué no se abalanzaba sobre mí y me estrechaba y después tomaba distancia con sus brazos estirados y las manos sobre mis hombros, santo dios, niño Jorge, qué es lo que le anda pasando, desde cuándo está así, debería ir al médico, ¿sabe la señora?

-Hoy hizo tanta humedad que hubo que terminar de secar la ropa con la plancha. O ese secador automático no funciona del todo bien o es que nunca aprendí a manejarlo,

y yo seguía con la mirada acompañando los movimientos de Natividad, con los papeles invertidos porque el estupefacto

era yo, entonces volteé la cabeza y me descubrí en el espejo de la pared, macilento, levemente inclinado hacia adelante, con las rodillas un tanto flexionadas y la espalda como si fuese a nacerle una giba

-aunque la verdad que estos aparatos modernos no van bien conmigo. Prefiero las cosas como se hacían antes, que no hay nada mejor que el calor de la plancha para terminar de secar la ropa... ¿iba a pegarse un baño, niño Jorge?

Después de que se fuera Natividad quedé un rato parado en medio de la habitación, pendiendo de una cuerda invisible, el cuerpo igual a una marioneta colgada luego de terminada la función y esperando que alguien volviese a darle vida cuando se le antojara. No podía reaccionar. El cuerpo no dependía de mí sino de una voluntad superior. Me senté en la cama y me fui recostando de a poco. Todos mis movimientos eran lentos, mi razonamiento era lento, tomado por una humareda, un humo blancuzco que caía sobre mi conciencia como un manto de niebla, sentía cansancio pero no sueño, el cuerpo tendido y los brazos que se desvanecían a los costados de la cama en la posición de un Cristo crucificado, los pies al margen para evitar las zapatillas sobre el cubrecama y el techo que empezaba a ladearse para volver a su lugar, y luego otra vez, y otra, el movimiento continuo y repetido del techo y de la luz del plafón desplazándose de su sitio y regresando, desplazándose y regresando, tal vez no tendría que haber intentado las flexiones, era la primera vez que me sentía mareado y empecé a notar la presencia del estómago y la merienda de esa tarde y ese sabor de jugos gástricos y bilis contenida, un sabor amarillo y malsano como mi cara, como mis manos jóvenes avejentadas de pronto, con sus nudillos hinchados, la venas y su recorrido azul en contraste con la decoloración de la piel, a partir de qué momento las manos se me fueron marchitando, mi cuerpo entero amortajado aunque mis brazos se extendiesen en cruz y la habitación siguiese dando vueltas y vueltas y apremiase la necesidad de volar al baño, pero no conseguía moverme y me contuve hasta que aquella sensación

terminó por subir a la garganta y apenas si tuve tiempo de tirar la camiseta a un costado y levantar la tapa del inodoro antes de que ese revoltijo de merienda, almuerzo y desayuno se mezclase con el agua. Vací el depósito un par de veces, pero cuando ya no tuve nada en el estómago seguí con las arcadas, que cada vez se parecían más a convulsiones o a estertores de agonía. Quedé exhausto, con la cabeza apoyada en el antebrazo y un hilo de saliva que goteaba y goteaba y me hacía los labios viscosos iguales a los de un idiota que babea sus gemidos y sus palabras ininteligibles. Y en ese instante empecé a sentirme un desecho, un pedazo de cualquier cosa abandonado en la vereda, sin mañana o con un mañana que ya no importaba, un pasado difuso, mi adolescencia entre brumas, la infancia increíblemente lejana, algo que pertenecía a otra vida, una existencia anterior, y la impresión de que ya no era sino una náusea, un fragmento de nada.

Dálmaso me citó para la tarde del día siguiente. Lo llamé cerca del mediodía y por alguna razón lo hice como a escondidas, con el livin desierto y Nati en la cocina, sin nadie merodeando por los alrededores. Sin embargo no sentía una necesidad urgente de verlo sino de estar echado en la cama, adormecido en la semipenumbra, sin ruidos ni música ni voces ni la tele en la habitación contigua, el silencio y el cuerpo desintegrándose entre las sábanas, molécula por molécula, y cuando intentase despertar sería nada más que briznas levantándose con una apenas leve corriente de aire en el momento que Nati o mamá abriesen la ventana con el inocente propósito de ventilar el cuarto.

Dálmaso me recibió en el consultorio particular, en su casa, y lo hizo con esa familiaridad del viejo médico de familia que me vio nacer, el tuteo y el apretón de manos, antes que nada preguntándome por papá y por mamá que hace ya varios meses que no los veo, sin dejar de hablar un momento mientras me revisaba los ojos, las garganta, que preferí examinarte aquí, más tranquilos, en tanto me auscultaba la espalda, en

la clínica ando medio apremiado de tiempo, respirá hondo, largá el aire por la boca, la última vez con tus padres fuimos al teatro, creo que a ver una de Gorostiza, o de la Gambaro, no me acuerdo bien, otra vez, mientras los golpecitos secos con el nudillo me recorrían la espalda, y después el oído pegado a la piel y yo seguía aspirando oleadas de oxígeno por la nariz, la verdad que no los conozco, y expiraba por la boca, otra vez, ¿no te gusta el teatro?, no mucho, prefiero el cine, en tanto el exceso de oxígeno me hacía cosquilleos y parecía que me tomaba la cabeza, ¿cuánto fumás por día?, dejé de fumar hace un año, la cabeza grande y pesada como una calabaza, después fuimos a comer pastas a un restaurante italiano, una calabaza amarilla llena de fibras y de semillas que empezaban a podrirse antes de germinar, ahora tosé, una calabaza de espanto como las que se ponen en la noche de brujas para asustar a los niños, eso es, más fuerte, yo empecé a ir al teatro de grande, a tu edad tampoco me gustaba, una calabaza que empezaba a pedir a gritos una almohada, dormir y dormir durante horas, ahora ponete boca arriba y aquellos dedos profesionales presionando en el abdomen, el bajo vientre, los ganglios, y desde el fondo de alguna parte empezó a surgir ese placer de sentirme atendido, y sus dedos eran varas mágicas, horquetas buscando la patología por una tierra yerma, los síntomas, hurgando en el origen de la enfermedad como si buscasen agua en la aridez del desierto.

-Estás bien. Nada importante. Voy a darte unas vitaminas que vas a tomar antes del almuerzo y de la cena.

-¿Eso es todo?

-Volvé a verme dentro de quince días.

Hubiese querido los análisis, la muestra de orina, de sangre, las radiografías, los electros. Me sentí ridículo. Lo único que atiné fue a abrocharme los botones de la camisa, ajustarme el cinturón, mudo, mirando el piso, en tanto Dálmaso escribía algo en el recetario.

Lejos de tranquilizarme, cuando regresé a la calle me noté completamente alterado. Dálmaso algo advirtió. Me despedí de modo hermético, con una aceleración repentina, como si hubiese recordado una cita y tuviese urgencia en abandonar el consultorio. Tropecé con un escalón, tomé la dirección equivocada, me detuve con el alarido de una frenada cuando crucé la calle con el semáforo en rojo. Pero qué esperaba. Cualquiera hubiese salido del consultorio con el mejor de los ánimos, el resultado deseado, las palabras tranquilizadoras, qué esperaba entonces, una anemia, un tumor, un virus, problemas respiratorios, cardíacos, papá tenía complicaciones hereditarias, abuelo había muerto de un infarto, y yo con el cuerpo entumecido, la piel marchita y esa tonta receta de vitaminas en el bolsillo, un acto de crueldad, un desconocimiento atroz, casi una burla. Se me cruzó la idea de acudir a otro médico. Eso debía hacer seguramente. Alguien que diese con el diagnóstico real, el acertado, pero dónde encontrar una palabra más autorizada que la de Dálmaso.

Regresé a casa caminando a pesar del cansancio, pero más necesidad que echarme en la cama fue la de desenredar esa madeja de pensamientos que se agolpaban unos tras otros, enmarañados, torpes y que buscaban una lógica y una decisión, a quién acudir, a otro médico de la clínica, a un hospital público, me levanté las solapas de la campera y seguí caminando con las manos en los bolsillos, no podía distinguir si mis pasos eran rápidos y nerviosos o pesados y doloridos, sentía las articulaciones, el lugar exacto donde se unen los huesos, sentía las rodillas, los codos, los nudillos, el viento helado comprimiéndome los músculos hasta tornarlos rígidos, y esa sensación de empequeñecimiento, de que mi cuerpo se achicaba, se enmohecía y era tomado por una capa de verdín, igual a las piedras lamidas por el agua en el borde de una laguna, mi cuerpo de juncos y barro podrido y restos de botes y peces muertos que flotan, mecidos por el oleaje.

Me recosté con toda la intención de levantarme para la cena,

pero seguí de largo. Sólo recuerdo la voz de mamá en medio de un sueño profundo preguntándome si me sentía bien, si no quería bajar a comer, que había canelones preparados por Nati, mus de chocolate, y creo que le respondí con monosílabos, gemidos quejosos para quien el sueño es sagrado y viene alguien y lo importuna y uno siente temor de no poder recuperarlo. Pero lo recuperé y seguí soñando ávidamente, aunque no recuerdo siquiera si fueron sueños placenteros o dolorosos, reveladores o escondidos tras enigmas indescifrables, si fueron imágenes o palabras o sonidos y olores que sólo pertenecen a los sueños, no recuerdo nada pero tengo la sensación de haber estado soñando en todo momento, un largo sueño sin interrupciones, salvo la de mamá preguntándome qué me pasaba.

Tampoco sé si fue fiebre o un exceso de frazadas, pero desperté sudando. El reloj decía poco más de las cuatro. El silencio era total. Encendí la luz del velador. Empecé a sentirme incómodo entre las sábanas humedecidas. En qué instante me había desnudado y metido en la cama. Tal vez cuando vino mamá. La luz del velador parecía más opaca que lo normal y le daba a la habitación una tonalidad agradable. Me acerqué a la ventana. Qué silencio extraño a esa hora de la madrugada. Sin pájaros, sin bocinas, sin ese rugido de fondo proveniente de la ciudad. Un silencio y una soledad sobrecogedores. Al acercarme a la ventana tuve la impresión de que un fragmento del espacio que reina entre las galaxias había invadido la atmósfera. Me quedé observando la oscuridad desde la ventana. Apenas el fulgor de una luz del otro lado del jardín, en una calle aledaña, y la luminosidad vaporosa nacida de los faroles en el frente de los chalés, acentuaban las sombras y las hacían impenetrables, el aire mismo parecía un secreto y el olor de la noche un misterio. Nunca me sentí tan solo. La noche era una gran boca que mostraba sus fauces y lo devoraba todo, las casas, los jardines, las calles, el parque de la rotonda, las luces retraídas que titilaban como si temblasen de miedo. Intenté leer pero no pude y continué mi desvelo

caminando de un lado a otro del cuarto. El cansancio volvió a seducirme recién con las luces del alba.

Extrañamente, dormí hasta el mediodía sin interrupciones. Sólo me parece recordar la presencia de Natividad a hurtadillas y el cuchicheo de papá y mamá, pero estoy casi seguro de que lo soñé. Y si no lo soñé, poco importa. El sueño y la vigilia tienden a confundirse en un estado común, separados por una frontera cada vez más imprecisa.

Por la tarde volvió a llamar Viviana y le dije que no podía verla, que esperara a que yo la llamase. La conversación se me hizo tediosa por esa exigencia de argumentar una situación que no estaba en condiciones de explicar, por ese sentirme alejado de todo, esa necesidad de distancia con los seres y con las cosas por algo que dentro de mí eran sólo validaciones centrífugas, fuerzas que me alejaban más y más de un núcleo que perdía densidad con el pasar de las horas. Pero cómo explicarlo si yo mismo no alcanzaba a comprender. Me quedé sin palabras mientras Viviana hablaba de celos, de problemas compartidos, de que tenía derecho, de que la pareja, de las reconciliaciones, y yo percibiendo todo eso como si formase parte de un mundo que ya no era el mío, sin siquiera poder decirle que me sentía enfermo porque tampoco podía definir mi enfermedad. Cómo mostrarle algo que se me escurría entre los dedos.

Y más tarde aún tuve una visita. Enrique apareció en el momento que menos lo esperaba. No sé si consiguió levantarme el ánimo porque tampoco podría asegurar que estuviese deprimido, pero debo reconocer que verlo me puso contento. De todos modos yo seguí tirado en la cama e hice evidente las pocas ganas de moverme y de conectarme con otra cosa que no fuese mi habitación. Enrique dejó colgada la campera cerca de la estufa y terminó de secarse en el baño el chaparrón que lo sorprendió sobre la moto. El agua fría del invierno en un invierno frío como pocos. Y sin embargo

yo advertía el calor que emanaba de su cuerpo, la tibieza de aquel organismo joven y sano que tanto se diferenciaba de mis miembros helados, en particular las manos que no había conseguido calentar a pesar de frotarlas sobre el radiador y de apretujarlas contra las axilas. Enrique se sentó junto a la cama mientras yo permanecí recostado, y así estuvimos charlando un rato. En un momento, simulando un gesto involuntario, apoyé mi mano sobre su brazo y pude confirmar esa temperatura normal que contrastaba con la mía, pero a él no le llamó la atención el contacto de esos dedos donde parecía interrumpida la circulación de la sangre.

No podría decir que fuese un diálogo, por lo menos en el sentido que siempre le dimos Enrique y yo, donde uno era capaz de escuchar con la misma intensidad con que el otro hablaba, sino un monólogo que me adormecía y donde las frases de Enrique me llegaban fragmentadas, y a veces hasta tenía que armarme de voluntad para seguir la coherencia de sus palabras. Me habló de la novia, de la facultad, de la caída con la moto, de que había desistido de organizar el party en su casa, de las vacaciones que venía programando para fin de año y parte de enero en Ostende. Yo trataba de seguirlo, de acompañarlo aunque fuese con la mirada y con alguna aprobación de tanto en tanto, pero estoy seguro de que percibía que algo se había quebrado y que lo escuchaba sin interés. Me preguntó si me pasaba algo. De nuevo la misma situación, explicar lo inexplicable. Le dije que estaba un tanto nervioso, pero que no sabía por qué, que había tomado un calmante. Le pedí disculpas por no acompañarlo hasta la puerta de calle. Después me quedé pensando si me había creído. Es obvio que algo debió de sospechar y un par de veces lo sorprendí recorriendo mi delgadez, la piel aceitunada donde empezaban a marcarse los huesos de la muñeca, de los dedos, mi rostro endurecido, la quijada como piedra y los pómulos abultados. Sin embargo lo había disimulado bien y se había despedido como si nada grave ocurriese, que te mejores, hacele caso a tu cuerpo, si te pide descanso por algo será, un comentario al margen y no el

centro de la atención, y siguió hablando de otra cosa mientras se ponía la campera entibiada por el calefactor.

Cuando escuché que el rugido de la moto se alejaba, cerré un tanto más la persiana y corrí las cortinas. Sólo una luz de pocos centímetros entre la persiana y el marco le dio a la habitación la penumbra apropiada. No alcancé a dormitar una hora cuando me despertó la música desde el cuarto de Graciela. La música estaba anormalmente fuerte, como cuando papá y mamá no están en casa y Graciela sabe que no van a molestarla pidiéndole que la baje. Era cierto, papá y mamá no debían de estar en casa. Bajé para confirmarlo y encontré a Natividad en la cocina preparando la comida.

-El señor y la señora salieron por la tarde temprano.

-¿Dejaron dicho a dónde fueron?

-Por supuesto que no, niño Jorge. Desde cuándo el señor y la señora dejan dicho dónde van.

Me quedé abochornado, en silencio. Algo debió de intuir Natividad porque

-Dijeron que no estaban seguros que viniesen a cenar. Yo, por las dudas, preparo comida para todos. Después no quiero sorpresas.

Mientras regresaba a la habitación, creí que pensaba en Graciela, en decirle que bajase la música, pero me detuve a mitad de la escalera. En realidad no sé qué me hizo pensar en el lugar donde podrían encontrarse papá y mamá. Fue una intuición, pero una intuición tan fuerte que quedé clavado en la escalera como si me hubiese petrificado.

Tomé un taxi. No sé si fue el golpe de aire frío o el efecto de aquel presentimiento o ambas cosas, pero lo cierto es que aquella modorra desapareció de inmediato y enseguida caí en un estado de excitación raro en mí y me pareció que el taxi se detenía en todos los semáforos y siempre se ponía en el carril más lento y que la torpeza o la malintención del conductor no me llevaba por el camino más corto sino por un laberinto congestionado. Llegué a perder el reconocimiento de las calles y pasamos por lugares

que no tenían identificación o que estaban dañadas o semiocultas por los árboles o que descubriría demasiado tarde.

El taxi me dejó en la esquina, a media cuadra de la casa de Dálmaso. Caminé por la vereda de enfrente. No creo que tuviese dudas de que aquel fiat bordó fuese el automóvil de papá, no obstante decidí confirmarlo. Allí estaba la marca de cigarrillo en el tapizado del asiento del acompañante, el adhesivo en el vidrio trasero yo amo san bernardo, el espejo retrovisor que cambió el año pasado y algunos otros detalles inconfundibles que me dieron la certeza de que papá y mamá se encontraban en lo de Dálmaso, que Dálmaso los había llamado para hablarles, para decirles de mí, de que algo grave me estaba sucediendo, en aquel momento tal vez papá y mamá estuviesen escuchando con atención y enmudecidos las palabras de Dálmaso, el nombre concreto de la enfermedad que yo desconocía, después papá se animaría con alguna pregunta “técnica” para esconder su angustia mientras mamá se estrujaría las manos hasta que le resonasen los huesos, la mirada baja, el desconsuelo, el silencio, mientras yo estaba allí afuera, pensando en que daría cualquier cosa por escuchar el informe de Dálmaso, reconocer el mal por su nombre, atraparlo en un término científico, poder tenerlo en la boca, masticarlo, sentir su sabor agrio, su olor a hospital, a surtido de drogas, de medicamentos, a sala de desahucio. Pero en qué estaba pensando, por un instante supuse que exageraba, aunque allí estaba la evidencia, aquel encuentro en el consultorio particular de Dálmaso al día siguiente de mi visita, demasiada coincidencia, mi intuición no se había equivocado. Pensé en qué sería lo correcto, cuál sería la actitud apropiada para ese caso, seguramente que no la de ir y tocar el timbre y decir aquí estoy, tengo derecho a saber lo que me pasa, debía actuar con prudencia, no colocarlos en una situación violenta, darles tiempo, tiempo para qué, para recuperarse dios mío, para que supiesen qué hacer, qué decisión tomar, si decírmelo o sólo cuidarme y protegerme calladamente. Me los figuré hablando en voz baja en el dormitorio, una vez acostados, con la luz apagada, cerciorándose de que no serían

escuchados, el momento adecuado para opinar y decidir sin necesidad de mirarse, nada más que las palabras colmando la oscuridad del cuarto, llenándolo de pena, de desconcierto, qué palabras se dirán, tal vez abrazados, unidos por el dolor, ¿sería cierto?, ¿sería cierto todo eso?, o se trataba nada más que de mi imaginación, una fantasía, dicen que no es del todo raro a mi edad, esa extraña comunión entre la juventud y la muerte, ha comenzado a lloviznar otra vez, el pavimento no había terminado de secarse, si al menos no hubiese viento, pero es el viento lo que recrudece el frío y de poco sirve que me levante el cuello de la campera, desde qué hora estarán reunidos, olvidé preguntárselo a Nati, a qué hora salieron, pero cómo podía hacer ese tipo de interrogaciones, con el cerebro embarullado, confundido, me ha pasado en estos últimos días, no razonar con la calma con que debiera, la tranquilidad necesaria, hasta cuándo durará este tiempo, tengo la sensación de que hace semanas que no veo un cielo despejado, que he olvidado el celeste del cielo, aunque hay algo de placentero en los inviernos, con esa predisposición a la intimidad, el fuego encendido, los cristales empañados, pero éste ha sido un invierno extraño, el frío se me ha metido dentro y no encuentro la forma de sacármelo, además esta llovizna molesta que me hace picar la nariz y las mejillas y que de tanto en tanto me obliga a pasarme la mano por la cara como un limpiaparabrisas, en este barrio también los árboles pierden las hojas en invierno, por qué habrán puesto en Buenos Aires esta clase de árboles si hay otros que aun en esta época conservan el follaje, parecen esqueletos al desnudo, la ciudad entera parece sometida al invierno, víctima de una epidemia gris, una peste sin color, y en eso pensaba cuando se abrió la puerta, no la de calle sino una puerta lateral del garage, me sorprendió verlos así, no sé si mamá estaba sonriente o se trataba de una mueca que le desfiguraba la cara, papá parecía moverse y gesticular de una manera desenvuelta, también estaba Cristina, la mujer de Dálmaso, que salió con un vestido de entrecasa a pesar de la baja temperatura, los dos despidieron a papá y a mamá sin gestos graves, como

si hubiesen tomado el té apaciblemente y charlado de recuerdos comunes, aunque algo me pareció ver antes de que se separasen, el gesto de Dálmaso poniendo su mano sobre el hombro de papá, el intenso abrazo de Cristina a mamá, diciéndole al oído palabras consoladoras, o tal vez fuese idea mía, no sé, me oculté detrás de un árbol, un árbol de corteza negruzca y tronco deformado por la vejez o por alguna enfermedad, Cristina se quedó en la puerta del garage frotándose los brazos desnudos, pero Dálmaso los acompañó hasta el fiat y se puso del lado de la ventanilla de papá, papá bajó el vidrio y volvieron a mirarse serios aunque después se sonrieron, o por lo menos eso me pareció, no podría asegurarlo, el viento y la llovizna me venían de frente y me obstaculizaban la visión, además no quería asomarme mucho por temor a que me viesen, creo que papá le dijo que regresase, que se estaba mojando, pero Dálmaso no hizo caso y se quedó allí parado más de un minuto mientras papá calentaba el motor. Después encendió las luces y recién allí me di cuenta de que estaba anocheciendo.

Volví a tomar un taxi para regresar, pero cuando llegué papá y mamá ya estaban allí. Antes de subir a mi cuarto, eché un vistazo por el livin. Papá hablaba por teléfono, creo que de negocios, y no parecía haber intranquilidad en el tono de voz. Mamá revisaba una vieja colección de cubiertos de alpaca. Se oía la voz de Natividad que canturreaba desde la cocina y no se oía nada desde el cuarto de Graciela. Me saqué la ropa humedecida. Una sensación de herrumbre y de articulaciones oxidadas se había apoderado de mi cuerpo y no encontraba la forma de quitármela. Decidí pegarme una ducha y el agua caliente fue entibiándome de a poco mientras parecía que la sangre volvía a circular y que el vapor llegaba a los pulmones, que el cuerpo regresaba con lentitud a la temperatura normal. El agua recorría la piel, acariciándola, la luz empañada, un mundo entre brumas, fue un baño prolongado y no tenía intenciones de salir hasta que los golpes en la puerta y la voz de Natividad niño Jorge, la cena está servida, pero algo había en ese vapor que me retenía, aspirar el calor profundo en

un universo de tinieblas, la luz opacada, la vida lléndose de a poco por la cañería de desagüe, el placer de dejarse ir, ¿sería algo parecido?, el estado intermedio entre la vida y la muerte, niño Jorge, ¿me escucha usted?, la niebla invadiendo hasta el último rincón, el lugar más apartado, sí, Nati, ya voy, los mosaicos sudando gotas lentas que llegaban hasta el piso, las baldosas brillantadas, el toallón como el espectro de un ajusticiado, el espejo nuboso desde donde yo también era un espectro, una aparición sin rostro, apenas la sombra de alguien o de algo que habita un lugar al que ya pertenece definitivamente, y cuando salí del baño tuve la impresión de regresar a un mundo irreal, el mundo cotidiano donde estaban mi familia, mis actividades, los amigos, las relaciones. Me vestí de prisa.

Papá, mamá y Graciela ya habían empezado a comer cuando bajé. No parecieron observarme de manera especial y hablaron de cosas que no me llamaron la atención. Papá hacía tiempo que había prohibido la televisión durante la comida. El centro de la mesa era ocupado por un fuentón con un humeante guiso de lentejas. En otra época hubiese devorado al menos tres platos, pero ahora sólo percibía con desgano aquel sabor exquisito, espeso y bien condimentado. Mamá me sirvió una cantidad tan desmesurada que terminó por quitarme el apetito. Parecía que el tenedor me pesase en la mano cuando lo llevaba a la boca y comí sin pan para no satisfacerme enseguida. Dejé el plato por la mitad. Fue la primera vez que advertí la mirada atenta de mamá. Creo que papá hablaba de un descubrimiento genético, cuando

-Dálmaso nos comentó que estuviste a verlo.

Aquel comentario me tomó por sorpresa y tardé en responder. No parecía haber fingimiento, pero sí *demasiada* despreocupación, una distancia que no sonaba natural. Después de todo, había ido a ver un médico por cuenta propia y por alguna razón debía de ser. Mamá estaba ocupada en servirle un nuevo plato a Graciela y no pareció alterarse en nada. No sé por qué empecé a sentirme indefenso, una rata de laboratorio investigada por miradas científicas, sin pasión, capaz de inyectarme algo letal con la

misma tranquilidad con que dentro de un rato tomarían el café de sobremesa. No había sido una pregunta, pero sí un comentario que exigía contestación. Tampoco supe por qué opté dar una respuesta sin respuesta y acudí a una urticaria, soñolencia, falta de alguna vitamina, como si yo también hubiese entrado en ese juego de ocultamientos, mostrando cosas que podían contemplarse sin comprometerme. Pero por qué si lo sabían se hacían los desentendidos, y si nada sabían, por qué era yo quien trataba de ocultarlo, minimizarlo, hacerlo pequeñito, irreconocible. Decidí llevar el curso que ellos quisiesen darle a la conversación, no forzar nada, no apremiarlos. Entonces aproveché la ocasión para tirarme un reproche y me dijo que si alguna vez me pasaba algo, les gustaría no enterarse por terceros. Retuve las palabras *si alguna vez me pasaba algo*. Eso hubiera podido convencerme de que ellos nada sabían y que hasta el mismo Dálmaso podía ser ignorante del tema. No terminaba de comprender el juego y traté de ofrecer una respuesta neutra.

-No era nada que valiese la pena.

-Pero tu madre se alarmó cuando Dálmaso le dijo que habías ido a verlo.

Era probable que Dálmaso les hubiese comunicado que lo mío podía ser grave, pero por qué se comportaban de esa manera, ¿para protegerme?, que no me asustase, que con un tratamiento adecuado lo mío se podía remediar.

-¿Y por qué estuvieron en lo de Dálmaso?

Mamá estaba por decir otra cosa, y en ese instante me pareció que sus ojos se cruzaron con los de papá, que le lanzó una mirada de advertencia, y se interrumpió por unos segundos para después decir que

-Fue una visita que le debíamos hacía tiempo. Ellos estuvieron por aquí a mediados o principios de marzo, no me acuerdo...

-¿Estás tomando las vitaminas?

interrumpió mamá como si quisiese llevar la conversación por otro lado. Empezó a llamarme también la atención el silencio de Graciela, que siempre opinaba sobre todo y hablaba de cualquier

cosa, y que ahora se limitaba a comer con toda su atención puesta en el plato.

-Todavía no las compré.

-Después alcanzame la receta, que mañana te las consigo a primera hora. ¿Cuándo te pidió que volvieres a verlo?

-Dentro de quince días.

-Qué raro, a nosotros nos dijo... -quiso agregar mamá pero volvió a enfrentarse con la mirada de papá y se interrumpió bruscamente. Entonces comencé a sentir que estaba de más, que mi presencia resultaba incómoda. Nada era como siempre. No quise sopa, postre ni café y subí a mi habitación mientras abajo, por fin, me pareció escuchar que nacía una discusión en voz baja, con los dientes apretados, Graciela recobró el habla pero creo que enseguida la hicieron callar y algo dentro de mí empezó a sonreírse de aquel engranaje clandestino, palabras comprimidas y frases cortadas a hachazos. Cuando me recosté a medio vestir tuve la sensación de que mis músculos se aflojaban sobre la cama, que mi cuerpo se hundía entre las frazadas, que comenzaba a desintegrarme con lentitud y perdía esa consistencia sólida y me transformaba en materia gomosa, un elemento espeso, inidentificable. Pero nada me preocupaba, era una especie de renunciamiento, de abandono al estado que la naturaleza de mi enfermedad quisiese arrastrarme, ya no ofrecía resistencias, era casi placentero, dejarme llevar, disolverme, que por la mañana Nati encontrase en la cama sólo una gran mancha húmeda.

Pasé todo el día siguiente en ese estado de languidez, con la convicción de que mi cuerpo se iba debilitando rápidamente, y cuando mamá me trajo las vitaminas, me pareció que era lo mismo que darle aspirinas a un cuerpo consumido por el cáncer. También me trajo un té con tostadas que apenas probé. Sin embargo, a pesar de mi estado, no recibí muchas visitas esa tarde. Papá entró una vez para preguntar cómo me sentía y Natividad para agregar una frazada. Quise leer un rato pero unas horas después desperté con el libro abierto sobre el pecho. La persiana estaba baja y el velador encendido. Nunca había mantenido la

luz encendida durante el día, era algo que me exasperaba, no podía tolerarlo. Pero había renunciado también a la luz del día. Al atardecer comenzaron los chuchos de frío. Me metí bajo las frazadas encogido como un feto y empecé a sentir el calor de la fiebre mientras me rechinaban los dientes. Era un gran calor, aunque al mismo tiempo temblara y sudase hasta que las sábanas quedaron empapadas. Tal vez mamá tendría que haberme traído unos paños fríos para ponerme en la cabeza, en el vientre, en la zona del pubis, allí donde sentía que ardía. Cuando vino creo que había dejado de sudar pero el pelo estaba reseco y endurecido. Me colocó el termómetro mientras me hablaba de cosas caseras, cotidianas, y yo casi sin entender lo que decía porque la fiebre me había ensombrecido la mente, despojándola de cuanto cosa existe, apartado, alejándome a saltos, sin fuerzas para volver, cada vez más convencido de que estaba recorriendo un camino sin regreso mientras mamá me decía apenas tenés un poquito de fiebre, no es nada, aunque convendría que te quedases en cama al tiempo que yo me consumía y me sentía desfallecer, extenuado, sin fuerzas para sacar la cabeza de abajo de las cobijas.

No sé si pude dormir o si apenas dormité, el sueño y la vigilia volvieron a fundirse en un territorio impreciso donde no existe el tiempo y el lugar es una bruma que se disuelve y vuelve a formarse y yo no terminaba de comprender qué había tras ella, qué me aguardaba en la densidad de la niebla, y a cada hora que transcurría parecía que los músculos iban cediendo sus fuerzas, que era tomados por una afección que ya no tenía oportunidad de conocer ni de nombrar ni de combatirla con la medicación conveniente.

Sin embargo la fiebre comenzó a ceder cerca de la medianoche y cuando estuve un poco mejor intenté pararme, pero caí al suelo como un anciano a quien la edad le quiebra la cadera en el momento menos esperado. Tardé en ponerme de pie y llegué al baño tomándome de la mesa de luz, de la cómoda, apoyándome en las paredes. Pasé junto al espejo oval del dormitorio sin verme, pero una vez en el baño me fue difícil resistir la tentación de

enfrentar aquel rostro pálido, de ojos saltones y circundados por ojeras violáceas, con la frente amplia y los pómulos y el mentón evidenciando la forma del esqueleto de la cara, una calavera cubierta de piel y pelos y de mirada pavorosamente viva. Entonces me mostré los dientes como si estuviese sonriendo, pero con esa sonrisa patética de aquellos que llevan semanas de muertos, una mueca de encías enrojecidas y con la boca que se me figuraba una caverna habitada por esa babosa repugnante, la lengua, que había adquirido la tonalidad grisácea de los miembros gangrenados y que parecía algo hinchada, y yo sin poder explicarme que aquella figura de extinto pasase desapercibida y no causase espanto entre los que me rodeaban.

No sé qué me impulsó a vestirme y a salir de la habitación, tal vez empecé a sentir que me faltaba el aire, una sensación de encierro, y apenas crucé el umbral de la puerta de calle una oleada de frío y de viento helado parecieron devolverme a la vida, pero fue sólo un momento porque a las pocas cuerdas debí detenerme por la falta de aire y apoyarme en el muro de un baldío, hacia dónde iba, hacia dónde me llevaban mis piernas con esa celeridad inexplicable, como si tuviese un propósito, un punto de reunión, igual al perro perdido que se me cruzó aquella vez, y fue recién después de varios minutos de andar y de andar, quizá una media hora, no podría precisarlo, en un recorrido donde no me pareció que llamase la atención de aquellos que se atravesaban en mi camino, me di cuenta de pronto, aunque debía de caminar como un borracho, un drogado, sin embargo no llamaba la atención o era que disimulaban en un gesto de encomiable civilidad urbana, no mirar al desposeído, al andrajoso, al alienado, al deforme, pasar al lado del mismo modo que si fuese un poste de alumbrado, un afiche publicitario, no lo sabía pero me di cuenta, cuando levanté la vista y contemplé la fachada de la casa de Enrique, había luces, ruidos, un gran movimiento. Me acerqué a la verja, me aferré a los barrotes con las dos manos y fue sentirme un chimpancé en el zoológico que miraba el bullicio de la gente, del otro lado, más allá del verde del jardín, de la acacia junto a la medianera,

de los canteros poblados de flores rojas y amarillas, había gente hasta en la planta de arriba y parecía que la música se filtraba hacia el exterior a través de pequeñas hendidias, grietas invisibles, ventanales apenas entreabiertos.

Una amiga del grupo de Enrique miró hacia afuera y me descubrió, me señaló con el dedo a otra, y después se arrimó un chico que yo no conocía y que también me miró, y antes de que el círculo de mirones y señaladores se siguiese ampliando me desprendí de la verja y empecé a correr, a correr hacia cualquier lado pero es claro que el instinto me llevaba hacia casa, aunque yo no lo supiese, aunque no me diese cuenta iba hacia casa, pero empecé a agitarme y a sentir que el aire que iba a los pulmones no era el suficiente, empecé a ver luces extrañas como una filmación mal enfocada, los objetos con sus aureolas circulares y preeminencia de azules y verdes y amarillos, sólo algo de grises, el blanco y el negro desaparecieron, un mundo de colores distintos y de figuras que no encajaban, que flotaban en el aire como pompas a punto de estallar, y esos olores penetrantes que me taladraban la nariz y herían las membranas, olores punzantes que iban directamente al cerebro, que se perdían de tan fuertes, era una combinación de todos los olores que se mezclaban hasta hacerse irreconocibles, olor a césped, a basura, a madera quemada, a flores y a gases tóxicos, me tropecé con alguien, hombre, anciano, mujer con niño en brazos, no sé, escuché un grito pero yo seguí corriendo y un par de veces resbalé por el piso mojado y también caí y fui a parar al pavimento pero me levanté enseguida y seguí corriendo hasta llegar a casa empapado y exhausto, la agitación no me permitía poner la llave en la cerradura, embestí la puerta mientras trataba de dar vuelta la llave, la golpeé un par de veces con la cabeza y no sé por qué razón cedió y se abrió, tampoco sé si había alguien en casa, si me vieron, subí los escalones de a tres sacando fuerzas quién sabe de dónde, me desplomé sobre la cama, ignoro cuánto tiempo pasó antes de que viniesen, si fueron segundos o varios minutos, creí escuchar la voz de mamá, inmediatamente la de Nati, no sé cuánto tiempo, primero me sacaron los zapatos, yo

estaba acostado boca abajo y después me sacaron la campera llevándome los brazos hacia atrás como si fuesen a esposarme, luego sentí que me despojaban del pantalón, de la camisa, creo que me colocaron una camiseta limpia aunque no estoy seguro, yo seguía con los ojos cerrados viendo luces extrañas, las voces llegaban hasta mí difusas, eran ecos de voces lejanas que se perdían en las habitaciones, los pasillos, la galería, que se iban por el conducto de la chimenea, no podría asegurarlo, habrán pasado horas, o días, o quizá apenas unos minutos, aunque no, no es posible, los rostros de todos que me miraban desde algún lugar, los rostros de papá, de mamá, de Nati, también estaban Graciela, Viviana, Enrique, los rostros de algunos compañeros de facultad, de Dálmaso, de los vecinos de enfrente, aunque no sé si estaban de verdad o era un sueño, yo seguía respirando con dificultad y había en la boca un gusto pastoso, no podría asegurar que fuese un gusto amargo o ácido o dulzón, agradable o desagradable, de quiénes son esas voces, me estoy yendo mamá, qué irán a hacer con mi ropa, mis libros, también había otra gente, gente desconocida, gente de rostros desfigurados que se fundían con la luz, que eran un solo rostro, un solo gran rostro que no cesaba de mirarme.

## ÍNDICE



Existen dos criterios para esta selección de textos de Zelmar Acevedo Díaz. El primero es el cronológico. Se trata de sus primeros cuentos, escritos hacia principios de la década de los '90, luego de que una encarnizada autocrítica destruyera toda su obra escrita hasta ese momento, abrasada por las llamas expiatorias. En el marco de este renacimiento se encuentra el segundo, que significó nuevas formas estilísticas y aventuras imaginativas, de donde surgiera una de las características del autor: la variedad de asuntos, tramas, argumentos, escenarios y técnicas narrativas, al punto que parecen realizaciones de autores distintos. El lector se hallará ante tragedias que se filtran entre los pliegues de la existencia cotidiana, historias fantásticas, párrafos que transitan la soledad, el desamparo, el asombro ante lo inverosímil, el espanto y, principalmente, las distintas caras de la muerte, una de las maneras más rotundas de hablar de la vida.

Podría insinuarse que esta disposición a narrar, así como el germen de fábulas y leyendas, surgieron en aquella primera juventud cuando, en las noches de un viejo casco de estancia enclavado en la vastedad de la pampa húmeda, un grupo de jovencuelos le exigían el relato de un cuento, por lo general empapado de una atmósfera de horror. Algo de esos días subyace aquí.

